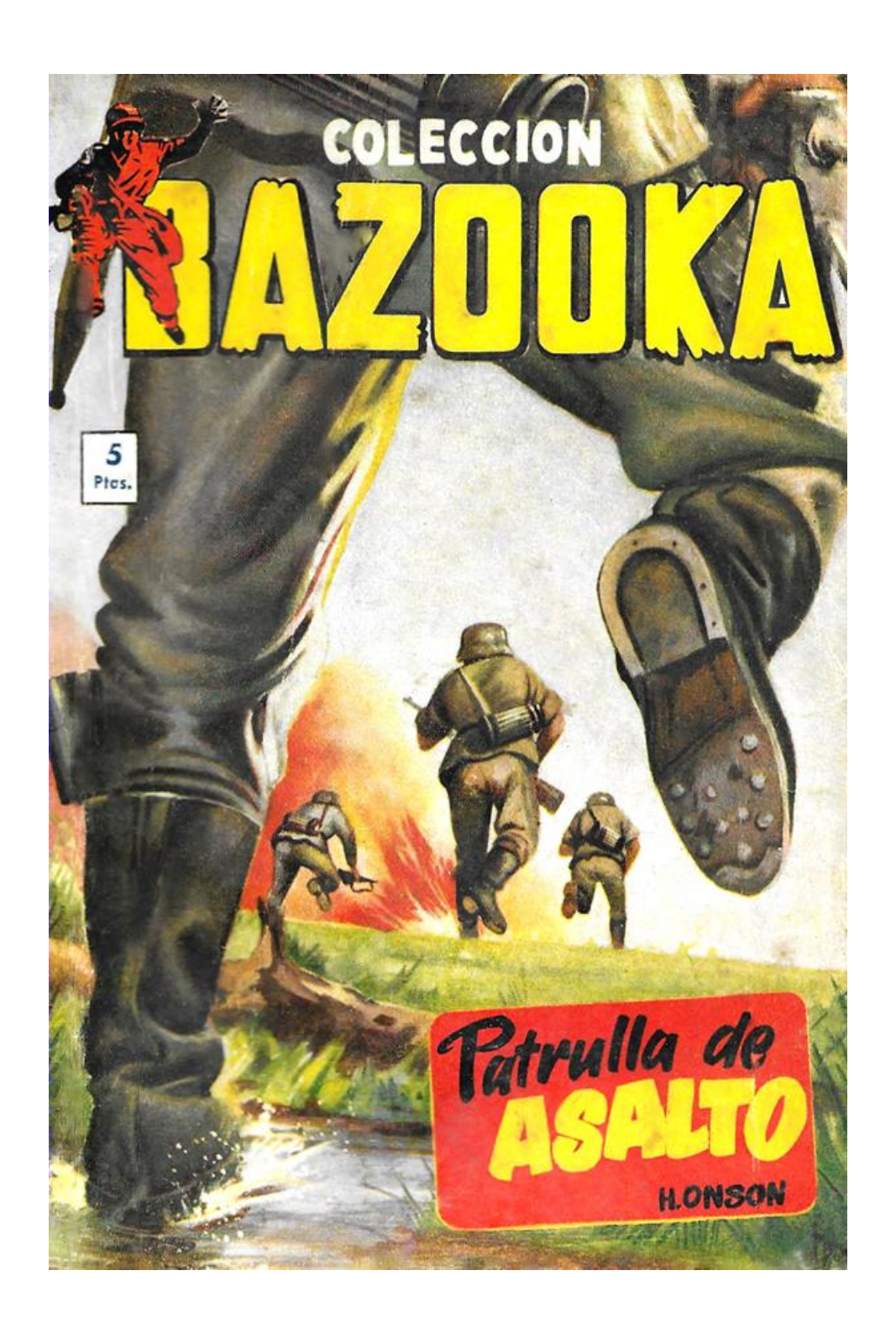


The cover art depicts a massive, dark boot descending from the top, its sole treaded and stepping onto a battlefield. In the background, three soldiers in olive drab uniforms are running away from a bright orange and yellow explosion. A small figure in a red jumpsuit is seen in the upper left corner, appearing to be in mid-air or falling. The overall style is that of a classic pulp magazine illustration.

COLECCION

BAZOOKA

5

Pics.

Patrulla de
ASALTO

H. ONSON

Patrulla ^{de} ASALTO

novela de
H. ONSON

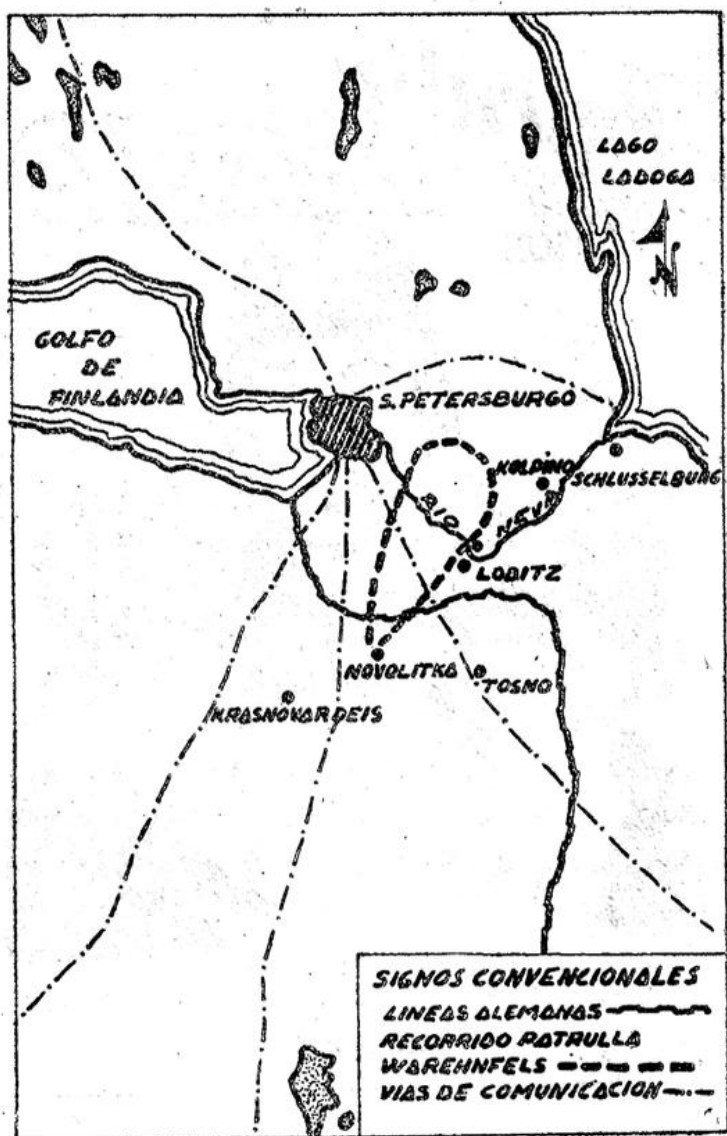


ALF VOSS

BERT SEIDEL

RUDI MAINZ

Ediciones  Clíper





PRÓLOGO

Las patrullas de exploración y asalto, que desempeñaron un papel tan decisivo en la última contienda, estaban formadas por elementos escogidos, tanto desde el punto de vista de la resistencia física, como por sus cualidades de valor, decisión y sangre fría, La tarea era ardua y peligrosa en extremo.

En el siguiente relato describimos la actuación de una de las mencionadas patrullas, destacada en el frente de San Petersburgo. El jefe de la misma, teniente Wahrenfels, es un personaje histórico, que existió en realidad y que al frente de sus granaderos se lanzó en innumerables ocasiones al asalto de las fortificaciones adversarias o se deslizó tras de las primeras líneas, para colocar cargas explosivas en lugares estratégicos. El resto de los soldados que componen el grupo son imaginarios, pero podrían servir como modelos cualquiera de los innumerables héroes anónimos que en el pasado conflicto lucharon y bregaron bajo el calor tórrido de los veranos rusos o las bajísimas temperaturas del invierno, con el fin de preparar el terreno a las formaciones que más tarde avanzarían por el terreno por ellos preparado.

Provistos de «metralletas», machete y abundante provisión de bombas de mano, los granaderos exploradores vivían bajo el peligro constante de una emboscada que segara sus vidas. Por su heroica misión eran considerados en todos las frentes como unos seres legendarios, aureolados por un halo de gloria, y sus hazañas circulaban de boca en boca y eran comentadas tanto en las trincheras del frente como en los hogares de la retaguardia.

La patrulla Wahrenfels fue siempre un elemento valioso en la complicada organización del frente de combate ruso y el Alto Mando reconoció su mérito en multitud de ocasiones, distinguiendo

a sus miembros con las condecoraciones más preciadas.

CAPÍTULO PRIMERO

La noche era lóbrega y fría. Grandes nubarrones cargados de lluvia cubrían el cielo, y una luna pálida asomaba entre ellos iluminando a intervalos con su fantasmal fulgor el intrincado laberinto de trincheras y alambradas. Los cohetes luminosos se elevaban en el aire, estallando en amarillentos resplandores, mientras tableteaban las ametralladoras y sonaban los tiros aislados de los centinelas apostados en sus parapetos. Hacia Kolpino^[1] tronaba la artillería desde el atardecer.

Los ojos enrojecidos del soldado Fritz Rinner escrutaban las tinieblas. La ametralladora de la que era sirviente descansaba a su lado, presta a entrar en acción. Frente a él, el terreno se quebraba en una serie de traicioneras hondonadas cubiertas de hierba, de las que la bruma iba surgiendo en amplias franjas. Grandes embudos, provocados por la explosión de proyectiles de grueso calibre, cubrían el terreno a su alrededor. Rinner consultó su reloj de esfera luminosa. Faltaba aún una hora para su relevo. Por su cerebro desfilaba una ininterrumpida procesión de evocaciones y recuerdos. Los párpados le pesaban por la larga vigilia, y anhelaba el momento en que podría tenderse en su duro camastro para descabezar un breve sueño.

A su izquierda sonó el rumor de unos pasos que se acercaban por la fangosa trinchera. Era el sargento, que recorría su sector inspeccionando los puestos.

—Sin novedad —le informó Rinner, teniendo buen cuidado de no apartar la vista del frente, ya que ello le hubiera valido una buena reprimenda de su superior.

—Pronto la tendremos —repuso aquél—. El Cuartel General acaba de comunicarnos que la patrulla Wahrenfels regresa esta

noche, tras haber permanecido dos días a retaguardia de las líneas enemigas. Efectuarán su entrada precisamente por esta posición. La contraseña será «Sebastopol», Una vez identificados, les señalas el paso que existe en la alambrada a tu derecha. Y mucho cuidado con confundirte y largarles una ráfaga... ¿eh, mostrenco?

El sargento se alejó, Rinner se subió el cuello del abrigo de campaña, y se dispuso a la larga espera. Los minutos transcurrían lentamente. La artillería pesada había empezado a disparar contra los arrabales de San Petersburgo, situados a escasamente diez kilómetros de la primera línea. La inmensa ciudad, sitiada desde hacía varios meses por las férreas divisiones de la «Wehrmacht» sufría el continuo martilleo de los cañones de largo alcance, los morteros pesados y las bombas de «Stukas» y «Heinkels», en espera del momento decisivo en que arrollándolo todo a su paso, los granaderos se lanzaran al asalto, cual oleada incontenible, abatiendo los últimos reductos defensivos.

Habría transcurrido cosa de media hora interminable cuando el soldado Rinner creyó percibir frente a él el rumor inconfundible de pasos cautelosos que se aproximaban. Aguzó el oído, y permaneció inmóvil, con los nervios en tensión. Tras un breve intervalo de silencio, los pasos se escucharon más cercanos. La luna se había ocultado y la visibilidad era prácticamente nula.

—¡Alto! —gritó Rinner, situándose tras la ametralladora con un dedo en el gatillo—. ¿Quién vive...? ¡Contraseña!

—Patrulla alemana —le contestó una voz, y a continuación—: ¡Sebastopol!

—El paso se encuentra a diez o doce metros a vuestra izquierda —avisó Rinner.

El soldado, indudablemente en misión exploradora, inspeccionó el terreno y alejose después para informar a los demás. A los pocos minutos, la patrulla entera se aproximaba. Las botas herradas de los granaderos producían un sordo rumor al golpear el duro terreno, sus cascos refulgían levemente, heridos por el fulgor de los cohetes, y sus pertrechos de campaña producían un leve tintineo oscilando a su rítmico paso. El primero en saltar a la trinchera fue el teniente Wahrenfels. Le seguían el cabo y los siete granaderos y cubría la retaguardia el «feldwebel»^[2] Engerling. El teniente era alto, delgado y esbelto. Bajo su bien cortada guerrera se adivinaban, no obstante,

unos miembros robustos y firmes. En su rostro enérgico y vivaz destacaban unos ojos fulgurantes y pletóricos de vida, protegidos por el cristal de unas gafas con montura metálica. Sus ademanes y su voz denotaban el jefe capaz de arrastrar a los suyos a las más increíbles hazañas con el solo acicate de su arrolladora personalidad. Durante la campaña de Ucrania, y al frente de su patrulla, había sido siempre el primero en lanzarse al asalto de las fortificaciones enemigas situadas a retaguardia de las primeras líneas, preparando el terreno a las unidades que, más tarde, consolidarían la acción. Dotado de un corazón de acero, inaccesible al miedo ni a la debilidad, sus órdenes restallaban entre el fragor de las explosiones, y el tableteo de las ametralladoras y el zumbido de la aviación, mientras las balas silbaban a su alrededor en codiciosa busca de la difícil presa. En el puesto de mando de la División estaba considerado como un jefe temerario y audaz al que podían encomendarse las más difíciles misiones sin temor a un fracaso. Estaba en posesión de multitud de condecoraciones y lucía sobre el pecho la más preciada de todas: una Cruz de Hierro de primera clase, obtenida durante el asedio y rendición de un importantísimo fortín acorazado.

El «feldwebel» Engerling era el tipo de militar profesional, de valor a toda prueba y lealtad acrisolada, capaz de las acciones más extraordinarias sin que en su rostro, ennegrecido por la pólvora, se borrara una mueca de desprecio burlón.

Los siete granaderos y su cabo Schäfer formaban un grupo compacto, disciplinado y vigoroso. Todos ellos habían sido escogidos con el mayor cuidado y sometidos a durísimas pruebas, antes de entrar a formar parte de aquella patrulla, famosa ya en toda la División y cuyas hazañas eran comentadas por la tropa como algo fabuloso y legendario. Ofrecían un aspecto impresionante con sus altas botas cubiertas de barro, sus guerreras ceñidas por el cinto de cuero, sus cascos sujetos a la barbilla por el barboquejo y su armamento ligero y eficaz, consistente en una «metralleta» de fabricación especial, pistola de reglamento, bombas de mango y de huevo^[3] distribuidas por el correaje, y un machete, bien afilado, que sólo utilizaban en casos de apuro o cuando resultaba conveniente eliminar al adversario con el menor ruido posible.

Aquellos hombres, acostumbrados a mirar a la muerte cara a cara, no temblaban jamás. De sus labios no se borraba nunca una sonrisa desdeñosa e irónica, mientras empuñando sus armas febrilmente, se abrían camino por entre las filas enemigas a ráfagas certeras, o cuando como lobos al acecho, espiaban los movimientos del enemigo durante horas enteras, para lanzarse a la acción en el instante preciso de sonar la orden de mando.

De entre ellos destacaban, por su vigor y personalidad tres granaderos, a los que todo el mundo llamaba los inseparables. Llamábanse Bert Seidel, Alf Voss y Rudi Main y constituían la piedra angular sobre la que descansaba la organización total de la patrulla. Llevaban juntos desde el principio de la campaña y habían sido escogidos por el teniente, no sólo por sus e extraordinarias facultades físicas, sino también por su carácter desenvuelto y agresivo, y por su buen humor y una cordialidad, a prueba de todas las adversidades. Gozaban de una popularidad sin límites en todo el regimiento, y eran conocidos tanto por sus hazañas como por sus bromas, genialidades y atrevimientos de todo género.

Bert Seidel, antiguo oficinista de Múnich, era de estatura regular, pero de complexión muy fuerte y de una gran resistencia a la fatiga. De cara algo aniñada, tenía unos ojos pardos sumamente expresivos, el pelo castaño y un pecho amplio y poderoso, adquirido en la práctica de los más duros deportes. Alf Voss, tuvo que abandonar las aulas universitarias para incorporarse a una unidad que a poco partía hacia el frente. Algo más alto que Bert, ofrecía un aspecto por demás saludable y brioso. De piel bronceada y ojos negros, hubiera podido ser tomado por un meridional. Sin embargo, procedía de una antigua familia de Hannover, y se caracterizaba por su exquisita educación y sus modales en extremo correctos. Por su parte, Rudi, el más alto de los tres, era de una corpulencia poco corriente. Sus ojos azules destacaban en un rostro de prominente mandíbula, y su cuello, robusto, se asentaba sobre unos hombros de atleta, amplios y musculosos, capaces de soportar las más extraordinarias cargas. Sobre su frente amplia, caían los rubios mechones de su pelo constantemente despeinado. De mirada viva y penetrante, poseía una inteligencia en extremo despierta. En sus ratos de ocio había dedicado al estudio del ruso, llegando a dominarlo a la perfección, y ello constituía una ventaja inapreciable

para la patrulla, ya que en muchas ocasiones, una palabra pronunciada en puro acento del país, había resultado más efectiva que la acción de las bombas de mano o de las pistolas ametralladoras.

El teniente confiaba en ellos de manera absoluta y total, y jamás vacilaba en encomendarles las operaciones más difíciles, seguro de que saldrían airosos de las más terribles pruebas.

Formaron en hilera, y el teniente les pasó una breve revista.

—Todo en orden, muchachos —les dijo—. Ahora, a descansar, que bien merecido lo tenemos... Es decir, si nos dejan.

—Tengo una idea, mi teniente —dijo Rudi, a quien el jefe de la patrulla permitía a veces ciertas ligeras familiaridades—. ¿Por qué no nos acompaña en cada una de nuestras salidas, uno de esos zopencos del Estado Mayor, que se pasan la vida planeando operaciones? Quizá de ese modo...

—Una idea excelente —repuso el aludido, interrumpiéndole—. Pero ¿te gustaría permanecer ocho o nueve horas diarias sentado a una mesa rodeado de planos y de lapiceros de colores? No, ¿verdad? Pues a cada uno lo suyo, Rudi... Y ahora en marcha, que el tiempo amenaza lluvia.

La patrulla inició su camino hacia el puesto de mando, trinchera adelante, y, a poco, desaparecía tras un recodo de aquélla.

CAPÍTULO II

La taberna del viejo Iván se hallaba situada en la calle principal de Novo-Litka. El pueblo, compuesto en su mayor parte de «isbas»^[4] de madera se extendía a ambos lados de la carretera principal San Petersburgo-Vilna, por la que transitaban sin descanso, día y noche, las largas caravanas de camiones que efectuaban el servicio entre la retaguardia y el frente.

El local constituía el punto de reunión de los soldados con permiso, que lo llenaban por completo a todas horas, haciendo irrespirable la atmósfera con el espeso humo de cigarrillos y de pipas mientras el rumor de las conversaciones no cesaba de percibirse un solo instante.

Katia, la hija del tabernero, circulaba por entre las mesas, atenta a las demandas de los parroquianos. Era una rubia alta y esbelta, de rostro expresivo, en el que destacaban unos ojos espléndidos, azules y de expresión invitadora y picara, y una boca de labios gordezuelos y rojos, abiertos siempre en luminosa sonrisa. Tendría unos veinte años y sus encantos atraían y subyugaban a los asiduos concurrentes al local, algunos de los cuales contemplaban su fresca e incitante belleza con algo más que simple admiración. Sin embargo, Katia, muchacha de una formalidad a toda prueba, no permitía a nadie la más pequeña falta de respeto, aunque tuviera para todos, una palabra amable o un ademán amistoso y cordial.

Alf, Bert y Rudi penetraron en la taberna. Habíanse despojado de sus pertrechos militares, y con el cuello de la guerrera desabrochado, el gorro torcido sobre una oreja y la pistola pendiente del cinto, los tres atletas, curtidos por el sol y la nieve de las largas campañas, ofrecían un aspecto capaz de conmover a cuantos corazones femeninos encontraran a su paso.

Se sentaron a una mesa situada en el centro del local y que en aquel instante quedaba vacía, y observaron brevemente la concurrencia. Katia acudió solícita a servirles.

—¿Qué queréis tomar, muchachos? —preguntó Bert—. Hoy soy yo quien invita.

—Por mi parte, creo que no voy a tener bastante ni con un litro de «vodka». He de quitarme de la boca el gusto a pólvora que me ha quedado después de nuestra última incursión.

Katia, que comprendía perfectamente el alemán, dirigió a Rudi una mirada admirativa, a la que él correspondió guiñándole un ojo y sonriendo.

—¿Qué me cuentas, preciosa? —preguntó, cogiéndola por una muñeca y añadiendo en un ruso perfecto:

—Monoga krashiva. ¿Lubliets minyá?^[5]

Ella le propinó un cachete en el cogote.

—«¡Stoj!»^[6] —repuso, y luego en alemán, para que todos la entendieran—. ¿A qué vienen esas familiaridades conmigo? ¿Acaso soy tu novia?

—No, pero podrías serlo —contestó Rudi, atrayéndola hacia sí y haciendo ademán de besarla.

Un grupo de tres tanquistas contemplaban la escena desde la mesa contigua. Eran tipos altos y fuertes, con ese rostro curtido y expresión agresiva y tenaz que caracterizaba a los soldados de un arma aureolada por la gloria de los arrolladores avances, las espectaculares ofensivas y los ataques en masa, mientras los cañones vomitaban metralla alrededor de sus monstruos de acero. Vestían el negro uniforme de su Cuerpo y adornaban sus características boinas con una calavera de plata, emblema del arrojo y del desprecio hacia la muerte. Al parecer, uno de ellos había gozado hasta aquel entonces de las preferencias de Katia, y al observar la actitud de Rudi, sintió que lo invadía un acceso de rabia. La rivalidad entre tanquistas y soldados de infantería era tradicional en el ejército, ya que los primeros se consideraban superiores al resto de la tropa, por gozar del privilegio de protegerla en determinadas circunstancias.

—¿Quién será ese tipo? —rezongó el tanquista, dirigiendo a Rudi una mirada cargada de odio.

El granadero levantó vivamente la cabeza y se quedó

contemplando a su rival con expresión de contenida calma.

—Te crees un gran conquistador, ¿verdad? —prosiguió el otro, envalentonado—. ¡Deja de molestar a esa muchacha!

—No creo que Katia se sienta molesta a mi lado —comentó Rudi con irónica sonrisa—. Por lo menos no ha de contemplar una cara de mono como la tuya.

El tanquista se levantó rápido como una flecha y dirigiéndose a Rudi le descargó un puñetazo que aquél esquivó, haciéndole precipitar contra la mesa. Botellas y vasos cayeron al suelo. Sin dejarle tiempo a reponerse, Rudi lo cogió por la cintura y lo arrojó contra sus dos compañeros. Por su parte, Bert y Alf se aprestaban al ataque. Los tanquistas jadeaban a impulsos de una rabia feroz. Los tres granaderos esperaron la acometida en masa de sus adversarios con gran serenidad. El rival de Rudi tomó impulso y lanzóse contra aquél con ánimo de estrellarlo contra una pared. Pero Rudi, adiestrado durante mucho tiempo en un gimnasio de Berlín, sabía buen número de llaves y de presas que ahora había llegado el momento de aplicar. Haciéndose a un lado en el momento preciso, tordo ligeramente la cintura y agarrando al tanquista por un brazo, lo volteó limpiamente por encima de su hombro, haciéndole caer con gran estrépito sobre el duro suelo de madera, que retembló ante el impacto. Bert había derribado a su enemigo y le propinaba puñetazos a placer. Por su parte, Alf y el tercer tanquista estaban enzarzados en una lucha cuerpo a cuerpo, en la que ambos recibían y aplicaban soberbios golpes.

El contrincante de Rudi se levantó como una exhalación. Tenía el rostro cubierto de sangre y el uniforme rasgado en varios sitios. Un tremendo directo lanzó a Rudi contra la pared. Una de las lámparas del techo se vino al suelo haciéndose añicos. El granadero se encogió como abatido por un dolor terrible, y en el momento en que el otro se le echaba encima asestóle un tremendo puñetazo en pleno estómago. El tanquista lanzó un gemido. Dos directos más, el uno al rostro y el otro a un costado estuvieron a punto de terminar con su rival. Era preciso decidir la pelea. Alf tenía acorralado a su contrincante, y Bert se disponía a derribar al suyo de manera decisiva.

—¡Maldito fanfarrón! —rugió el tanquista, rehaciéndose, dispuesto a proseguir.

Pero su acometida final terminó en el fracaso más rotundo. Rudi lo había esperado atento a sus menores movimientos y cuando se lanzó sobre él, esquivó hacia un lado ligeramente y enlazándole una pierna con su pantorrilla derecha lo abatió contra el suelo con tremendo golpe. Iba a lanzarse sobre él para completar su victoria cuando Katia, que contemplaba la escena aterrada, gritó:

—¡Cuidado! ¡Se acerca una patrulla de vigilancia!

El tanquista se incorporó semiinconsciente, y todos suspendieron la lucha prestando atención. Pasos apresurados sonaron fuera. La puerta se abrió con brusquedad y un pelotón de vigilancia irrumpió en el local. El cabo contempló los destrozos con el ceño fruncido. Sus soldados habían separado ya a los contendientes y ponían un poco de orden en el maltratado local.

—¡Muy bonito! —exclamó, furioso—. ¿Y a esto le llamáis vosotros descanso? ¡Mereceríais ir todos a un pelotón de castigo! —señaló a los tanquistas—. ¡A vuestro alojamiento! Y en cuanto a vosotros —añadió dirigiéndose a los granaderos—, marchaos al cuartel antes de que el teniente se entere de lo que acaba de ocurrir.

Rudi tenía un tremendo rasguño en la cara. Katia se acercó solícita con una toalla limpia que mojó en un poco de «vodka» y aplicó a la herida.

—¿Te duele mucho? —preguntó con ternura.

—¡Oh! Esto no es nada —se jactó Rudi, y aprovechando la confusión que aun reinaba en el local, añadió Por lo bajo—. ¿Cuándo podríamos hablar tú y yo un rato a solas...? ¿Qué te parece dentro de una hora, junto al puente?

La muchacha miró azorada a derecha e izquierda y tras unos instantes de vacilación contestó:

—Bueno. Ya miraré si puedo escabullirme.

CAPÍTULO III

El día había amanecido luminoso y radiante. Un verdadero día primaveral, a pesar de que el invierno se encontraba ya cerca. A primera hora de la mañana, la patrulla formó frente al cuartel con el armamento completo. El «feldwebel» pasó revista. A los pocos momentos, apareció el teniente, sonriente y dinámico, repuesto por completo de las fatigas de las últimas jornadas.

—Muchachos —les dijo una vez todos firmes y en silencio—. El Cuartel General ha tenido a bien felicitarnos por nuestra última incursión. Me complazco en comunicároslo y espero que jamás esta patrulla sea indigna de la fama que tan merecidamente se ha conquistado. Ahora marcharemos al campo a ejercitarnos, ya que como todos sabéis, hemos de mantenernos siempre en forma y dispuestos a la acción. Si os portáis bien, podréis disponer de la tarde a vuestro antojo.

Una breve orden y la patrulla se puso en marcha. Atravesaron el puente en el que la noche anterior Rudi y Katia se habían entrevistado por primera vez. El granadero adoptó un aire ligeramente soñador.

—Esa mujer lo tiene trastornado —comentó Bert.

—Nunca lo habíamos visto igual —añadió Alf—. ¿Estará perdiendo facultades?

Llegados a las afueras de la población, el teniente eligió un terreno accidentado y cubierto en parte por altísima hierba.

En primer lugar —dijo—, efectuaremos un simulacro de lucha cuerpo a cuerpo... Me parece que lo tenéis algo olvidado, y no está de más que ejercitemos un poco esta parte tan importante en nuestra tarea.

Una carcajada general estalló en las filas.

—¿Qué diantre les pasa? —preguntó el «feldwebel», volviéndose hacia el oficial.

—No lo sé —repuso el teniente con enigmática sonrisa—. Pero, desde luego, van a saber lo que es bueno. Bien —prosiguió, disimulando un poco su regocijo—. Vais a dividiros en dos bandos y os atacaréis con saña, como verdaderos salvajes. ¿Me habéis entendido? Que no vea a nadie flaquear o hacerse el «blando». Pensad que quien tenéis delante es al enemigo en persona, y sacudidle con todas vuestras fuerzas.

Los dos bandos quedaron formados al momento. Uno de ellos iba mandado por el «feldwebel», el otro por el cabo. En este último formaban Bert, Rudi y Alf. Se despojaron de las guerreras y sus torsos atléticos relucieron al sol. Rudi ejercitó sus músculos, poniendo en evidencia unos bíceps capaces de competir con los del más duro y aguerrido boxeador profesional.

A una señal, los dos bandos se apartaron situándose en fila el uno frente al otro, dispuestos a acometerse. Rudi amenazaba a sus rivales y les llamaba «mequetrefes» y «escuálidos». Sin embargo, el grupo mandado por el «feldwebel» Engerling ofrecía un aspecto magnífico con sus granaderos tostados por el sol y dispuestos a sacudir con denuedo a aquellos fanfarrones.

El teniente se situó sobre una eminencia del terreno y dijo:

—Estad atentos al silbato. Un toque significa atacar. Dos, detener la lucha. Y recordad que obraréis como si de veras os hallarais ante el enemigo. Debéis golpearos sin piedad. No importa que os hagáis daño. Ya os curarán más tarde en el botiquín.

Llevóse el silbato a los labios. Un largo toque, y todos se lanzaron a la lucha en avalancha incontenible, profiriendo rugidos y «¡hurra!»!. El cabo agarró al primer contrincante por la cintura y los dos rodaron sobre la hierba, golpeándose con verdadera furia. Alf, Bert y Rudi no se entretuvieron en reflexionar métodos ni en planear su ataque. El enemigo se les venía encima y era preciso demostrar que no en vano se les llamaba en el regimiento «los tres inseparables». Formaron con sus cuerpos una muralla pétrea y sus tres oponentes se estrellaron contra ella, sin que pudieran abatirla en modo alguno. De nada les valió poner en práctica los diversos sistemas de lucha aprendidos en el curso de la larga contienda. Rudi, Alf y Bert se mantuvieron en sus puestos y al cabo de unos

minutos la iniciativa había pasado a sus manos. Aprovechando un momento de confusión, Rudi agarró a dos de sus rivales por el cuello y con fuerte tirón hizo que sus cabezas chocaran violentamente. Los dos granaderos cayeron al suelo contusionados. Bert y Alf aprovecharon aquel breve momento de respiro, para secarse las sudorosas frentes con el pañuelo. El tercer oponente iba a lanzarse a la ofensiva cuando dos toques de silbato sonaron claramente en el aire tranquilo de la mañana.

—Un cuarto de hora de descanso —anunció el teniente—. Luego continuaremos.

Los granaderos se sentaron sobre la hierba, Rudi sacó un cigarrillo y se dispuso a encenderlo.

—¿No veías algo raro en todo esto? —preguntó a sus dos compañeros—. ¿A qué vendrá este afán de hacer que nos despedacemos literalmente? ¿Le habrá contado algún chivato lo de ayer y querrá darnos una lección?

—Oye... pues es verdad, Nunca lo habíamos visto tan sañado —murmuró Bert, pensativo.

Alf tocó a Rudi con el codo, señalándole en dirección a un camino que discurría a poca distancia. Una figura femenina los contemplaba atentamente. Rudi dio un salto. Era Katia que regresaba de lavar su ropa en el río.

—Escuchadme un momento —les dijo—. Procurad que no me vean. Voy a charlar unos minutos con ella.

—Yo en tu lugar no haría esa insensatez —le aconsejó Bert—. Como te vea el teniente va a largarte un paquete del que te acordarás en mucho tiempo. Ya sabes cómo es en estas cosas de la disciplina.

—¡Bah! Me importa tres pepinos. Además, si me la cargo seré yo solo. Estaré de vuelta dentro de poco. Sólo un par de palabras. Entretanto, si preguntan por mí disimulad como podáis. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —rezongó Bert—. Pero vete con cuidado y no te entretengas mucho... aunque reconozco que esa Katia es capaz de trastornar el cerebro a cualquiera.

—El pobre está acaramelado como un colegial —comentó Alf, con expresión de lástima.

Rudi les dio una palmada en el hombro y se alejó, agachándose,

por entre las hierbas, en el momento en que el teniente miraba hacia otro lado. La joven tuvo un sobresalto al verlo surgir ante ella de entre los matorrales. Rudi no se anduvo con rodeos. La cogió de las manos y atrayéndola hacia sí le preguntó:

—¿Nos veremos esta noche... en el sitio de ayer? Sí, ¿verdad? Si me dices que no, soy capaz de cruzar ante los granaderos cuando tiren al blanco.

Ella lo contemplaba extasiada. Palpó los músculos de su brazo, dejando escapar una expresión admirativa.

—Fuerres, ¿eh? —se jactó Rudi—. Pues fíjate —y sacó el pecho, abombándolo hasta parecer que iba a estallar.

—¿Te duele la herida? —preguntó Katia, acariciando con cuidado el lugar de su mejilla, en el que lucía ahora una blanca tirita de esparadrapo.

—¿Qué herida? —dijo Rudi, haciéndose el desentendido. Un silbido se escuchó en aquel preciso instante.

—Es Bert que me avisa. Tengo que irme. Bueno, Katia, hasta la noche. ¿Verdad?

—Hasta la noche.

Y Rudi se alejó con las mismas precauciones con que se había acercado. En el instante preciso en que se colocaba junto a sus compañeros, el teniente ordenó:

—¡Dispuestos para continuar el ejercicio...! Pero os noto algo cansados, especialmente a Rudi, Bert y Alf.

—¿Cansados nosotros? —dijo Rudi—. Usted no nos conoce, mi teniente...

—Me parece que os conozco demasiado bien. Bueno que coloquen los blancos y vamos a realizar ejercicios de puntería con las metralletas.

La orden se cumplió y al poco rato una serie de ráfagas resonaban conmoviendo la atmósfera tranquila de la mañana.

CAPÍTULO IV

El mayor Braun, comandante del 3.er Batallón, a cuyas órdenes directas estaba la patrulla, tenía su alojamiento en una «isba» situada a muy poca distancia de la carretera. Montaba la vigilancia ante la puerta un centinela armado con pistola ametralladora y varias bombas de mano aseguradas al cinto.

Al ver aproximarse al teniente Wahrenfels, el centinela se cuadró rígidamente, dejándole el paso libre. Un ordenanza acudió con toda rapidez.

—El mayor le espera, mi teniente. Por aquí, haga el favor.

El teniente penetró en el recinto de la «isba», dividido en dos secciones por una cortina que lo cruzaba de parte a parte. En la primera se veía la cama de campaña del mayor y unos cuantos utensilios de aseo. En la más reservada tenía aquél sus mapas de operaciones y sus planos, colocados sobre una amplia mesa.

El teniente Wahrenfels esperó en actitud respetuosa a que su jefe le invitara a entrar, lo que el mayor hizo entreabriendo la cortina y diciendo:

—Adelante teniente. Tenemos que hablar.

El mayor Braun era un hombre de aventajada estatura, fornido y saludable. Tendría unos cuarenta años y de toda su persona se desprendía cierto sello de distinción, a la par que una energía y un dinamismo poco normales. Hizo señá al teniente de que se sentara y le tendió un paquete de cigarrillos.

—Fume usted —le dijo—. El asunto qué me ha obligado a llamarle es de la máxima importancia. Se trata nada menos que de asegurarnos la superioridad en el sector. Como usted debe ya saber, la primera y la segunda sección de la cuarta compañía ocupan un saliente frente a Novo Skolki. Desde el saliente en la cuestión

dominamos la carretera Kolpino-San Petersburgo, dificultando e incluso haciendo imposible el tránsito por la misma. Ahora bien, el enemigo, que desea sin duda alguna incrementar su tráfico, a juzgar por algunos síntomas observados estos días... y que me huelen bastante mal, acaba de montar una batería de morteros pesados que nos hostiga sin descanso desde ayer... Pero, mejor será que observemos este plano —y tendió al teniente uno en el que las posiciones enemigas y las propias se hallaban marcadas con distintos colores. Observó al teniente, dando chupadas a su cigarrillo, mientras aquél examinaba el plano.

—De acuerdo, mi comandante —dijo Wahrenfels, sabiendo de antemano a lo que iba a conducir aquel preámbulo—. Y usted desea...

—Que eliminen a esos morteros —concluyó el mayor, escuetamente, añadiendo tras una breve pausa: No creo que la cosa resulte difícil para sus muchachos... es lo que ellos llaman una «excursioncita de pacer». Pero actúen con precaución y sin armar mucho alboroto. Se acercarán con el máximo silencio. Eliminarán a los centinelas y a los sirvientes de la batería y colocarán cargas de explosión retardada. Retírense luego con la máxima velocidad, regresando exactamente por el mismo lugar por el que hayan partido... es decir, por el saliente. Nuestra artillería permanecerá alerta por si es necesario protegerles con una barrera de contención. En caso de apuro, lancen un cohete verde, con caída retardada. Procuren andar listos, y que nadie se quede rezagado. Si pueden traer uno o dos prisioneros, háganlo. Siempre servirán para aportar algunos datos.

El mayor Braun se levantó. Dio unos pasos por la habitación chupando su cigarrillo y añadió mientras el teniente se levantaba asimismo, preparándose a salir:

—No sabe cuánto lamento haber interrumpido tan bruscamente su descanso. Pero en el caso presente, tengo necesidad de una patrulla que termine el asunto en pocos minutos, sin despertar alarma alguna en el sector... Buena suerte, teniente —dijo alargándole una mano que el teniente estrechó con vigor—. Y a su regreso, quizá tenga alguna sorpresa para los muchachos.

El teniente saludó y retiróse. Mientras se dirigía al acuartelamiento, repasaba mentalmente las instrucciones recibidas,

procurando no olvidar ningún detalle. Cuando traspuso la puerta del recinto, los granaderos se levantaron, quedando en posición de firmes. Rudi, Alf y Bert se miraron, haciéndose una mueca burlona. Sabían perfectamente de lo que se trataba, antes de que su jefe abriera la boca.

—Muchachos —empezó el teniente—. Vengo de entrevistarme con el mayor Braun... Y lamento deciros que se ha acabado el descanso... al menos por hoy. Tenemos «excursioncita de pacer» para esta noche. A las siete formaremos con equipo completo a la entrada del alojamiento. «Feldwebel» Engerling, cuide de amunicionamiento y proceda a una revista general. Que los muchachos limpien y engrasen sus armas... y que nadie se olvide del machete.

Dicho esto, el teniente se retiró, llevándose la mano a la visera de la gorra.

—¡Maldita sea! —gruñó Rudi—. ¿Qué diantre habrá que hacer ahora? ¡Y yo que tenía un asunto tan urgente...!

Se puso el gorro, se abrochó el cinto a toda prisa y añadió:

—¡Vengo enseguida!

—¡Eh! ¿Dónde vas? —preguntó Bert, levantándose.

—Si preguntan por mí, decid que estaré fuera unos minutos, los justos para...

—Yo, en tu lugar —le interrumpió Alf—, me daría prisa. Ya sabes que el teniente no admite bromas cuando hay que actuar.

—No os preocupéis —afirmó Rudi—. Ni siquiera se dará cuenta. Y dicho esto, desapareció.

Katia iba y venía por entre las mesas, sirviendo a los primeros parroquianos de la tarde. Pero aunque al parecer absorta en su tarea, sus pensamientos volaban muy lejos hacia la figura varonil de Rudi, al que imaginaba en aquellos momentos, tendido en su camastro... pensando también en ella. Pero, quizá fuese mejor terminar con aquella inútil aventura. ¡El destino de un soldado es tan incierto...! Y cuando Rudi se fuera, lo más probable es que jamás volvieran a encontrarse.

Una sombra obstruyó la puerta. Katia levantó la vista. Rudi la contemplaba desde el umbral. La joven le sonrió y él le hizo una breve seña, invitándola a salir.

—Katie —dijo el granadero, una vez estuvieron algo lejos de la

«isba»—. Esta noche... he de salir. Partiremos dentro de un rato. Pero antes quisiera pedirte una cosa... —vaciló. Ella lo miraba profundamente conmovida—. Quisiera tu promesa de que si algún maldito tanquista —apretó los dientes— te hace el amor, te acuerdes de mí y lo rechaces.

—Prometido, Rudi —contestó ella, mirándole a la cara—. No estarás ausente mucho tiempo, ¿verdad?

—No lo creo. Y cuando vuelva...

Se cogieron de las manos.

—Adiós, Katia. O mejor dicho, hasta la vista... «Auf wieder sehen».

—«Dosvidania, Rudi». Y ten mucho cuidado.

—No te preocupes, encanto. La patrulla Wahrenfels es la patrulla de la suerte. No he conseguido nunca que me mandaran a descansar una temporadita al hospital... ¡Con la falta que me hace!

Alf y Bert recibieron a su camarada con recriminaciones y sarcasmos.

—El «feldwebel» ha preguntado por ti, y tuvimos que decirle que habías ido a echar un trago —dijo el primero.

—Bueno, ¿y quién te dice que no lo he hecho? Estuve en la taberna. ¿Y a qué se va a una taberna sino a beber?

—Déjate de ironías. ¿Qué tal tu rusa? ¿Ha llorado mucho?

—No. Como la ausencia durará poco tiempo...

—Mientras no te la conquiste algún tanquista.

—No hay tanquistas para Rudi.

—Bueno, muchachos. Menos charla —intervino el «feldwebel»—. Y tú Rudi, procura no desaparecer sin avisar, como hace poco. No tengo ganas de complicaciones con el jefe.

A las siete en punto la patrulla formó ante su alojamiento con el material completo. El teniente Wahrenfels apareció con rigurosa puntualidad. Su inspección fue breve. Se oyó el zumbido de un motor, y a poco un camión se detenía frente a los granaderos.

—¡Arriba! —ordenó el teniente.

Se acomodaron del mejor modo posible, y a los pocos minutos el camión se ponía en marcha hacia el frente, desde el que llegaban rojizos resplandores acompañados del ronco estampido de los proyectiles artilleros y el tableteo lejano de las ametralladoras.

CAPÍTULO V

Al llegar a unos cuatro kilómetros de las primeras líneas, se apagaron los faros de seguridad del vehículo^[7] y éste prosiguió en la más completa oscuridad, hasta el puesto de mando del batallón. El teniente descendió para informar a su superior, quien estaba ya avisado de antemano, por el coronel del regimiento. El cambio de impresiones fue muy breve.

—Nos mantendremos a la expectativa por si es necesario ayudarles —dijo el mayor Baer—. En caso de apuro no olviden lanzar el cohete verde. El teléfono está dispuesto y los cañones apuntados hacia esa dichosa batería fortificada.

—A sus órdenes, mi comandante... Y hasta el regreso.

—Hasta luego. Buena suerte —repuso el mayor Baer saludando.

El teniente Wahrenfels llamó a sus hombres. Una vez reunidos a su alrededor procedió a enterarlos de los detalles más importantes de la operación.

—En resumen —declaró—, podemos calificar a esta incursión de «silenciosa y efectiva». Nuestro objetivo primordial consiste en eliminar a centinelas y dotación sin armar un jaleo innecesario. Una vez suprimidos los «altavoces», procederemos a colocar cargas de dinamita en los lugares adecuados. La retirada se hará del mismo modo. Si existe peligro o el enemigo da la alarma, Schmit lanzará un cohete verde... y ojo con confundirte de color, ¿eh, muchacho? No vayan a lanzamos una andanada en las costillas^[8].

Un enlace se encargó de conducirlos hasta el saliente.

—Va a ser un juego de niños —comentó el cabo, mientras el grupo se ponía en marcha—. Apuesto cualquier cosa a que los encontramos durmiendo.

—Yo en tu lugar no alardearía demasiado —repuso Bert—. ¿Te

acuerdas de aquella vez en que...?

—¡Silencio! —ordenó el teniente—. ¡Basta de comentarios! Como oiga hablar a uno, lo voy a mandar veinte metros a vanguardia. «Feldwebel», haga circular la contraseña: «Flakbatterie»^[9].

Los granaderos avanzaban, procurando no hacer ruido con sus pisadas. Al llegar a las avanzadillas protegidas por sacos terreros, prepararon sus armas y comprobaron las bombas de mano que llevaban distribuidas por el correaje. A una señal del teniente avanzaron hacia la alambrada. El enlace les indicó el paso existente en Ja misma, y el teniente tomó buena nota del mismo para no extraviarse al regreso. La noche era sombría. Rudi aseguró el cargador de su «metralleta».

Una vez en la «tierra de nadie» las precauciones redoblaron. Avanzaban agachados. El teniente se orientó con su brújula luminosa de bolsillo. Era preciso aproximarse sin que el enemigo sospechara nada. La batería se hallaba a unos doscientos metros al frente, algo a la izquierda. Un cohete luminoso se elevó el aire y los granaderos se arrojaron al suelo como un solo hombre. Una ametralladora lanzó una ráfaga por encima de sus cabezas. Prosiguieron a rastras. Era preciso cruzar la trinchera enemiga, puesto que la batería se encontraba un poco más atrás y luego retroceder sin producir el menor ruido. De ello dependía el éxito o el fracaso de la empresa.

A una seña del teniente, los granaderos se tendieron en el suelo, perfectamente inmóviles.

—Mande un explorador —susurró Wahrenfels al «feldwebel».

Este último tocó en el brazo al granadero más próximo, que avanzó a gatas en dirección a la trinchera. Los minutos transcurrieron lentamente, convirtiendo la breve espera en una eternidad. El explorador regresó al poco rato.

—Un centinela monta la guardia en la trinchera —dijo.

—Hay que eliminarlo —fue la orden tajante del teniente Wahrenfels.

—Rudi y Bert —murmuró el «feldwebel»—. Y que Alf los cubra.

Los dos camaradas se hicieron un guiño, y alejaronse a rastras, mientras Alf se deslizaba a su espalda con la «metralleta» lista. A los pocos minutos estaban de regreso.

—Cayó como un polluelo —informó Bert.

Los demás se sonrieron.

—Ahora no podemos entretenernos —dijo el teniente—. Como descubran a ese centinela eliminado, no doy un pitillo por nuestro pellejo.

Cortaron la alambrada mediante unas tenazas especiales, provistas de mangos aislantes en previsión de los posibles cables eléctricos y luego, fueron cruzando uno tras otro, saltando por encima del centinela suprimido. La fortificación se distinguía a unos doscientos metros, perfectamente visible a causa de la tierra removida. Lo más probable era que hubiese allí apostado un hombre o dos, mientras el resto dormía en alguna chabola próxima.

El teniente elevó la mano derecha y la patrulla dividióse en dos grupos, uno a su mando y el otro al del «feldwebel». En este último formaban Rudi, Bert, Alf y el cabo. El primero eliminaría a los guardianes y procedería a la colocación de las cargas explosivas. El segundo tenía por objetivo el destruir la dotación de los morteros y hacer un prisionero o dos, de acuerdo con las instrucciones recibidas. El brigada hizo un ademán y el grupo se puso en movimiento, mientras el del teniente se alejaba en dirección contraria. Dieron un pequeño rodeo. Tras haber recorrido unos cien metros, distinguieron un montículo, indicador de que, bajo él, se encontraba el abrigo. Rudi se señaló a sí mismo con el pulgar y el «feldwebel» asintió.

Avanzaron a rastras. El silencio era absoluto. Sólo algún tiro aislado detonaba de vez en cuando. Los dos grupos convergieron, el uno sobre la posición y el otro sobre la chabola situada a muy escasa distancia de aquélla. Mientras el «feldwebel» y los suyos estudiaban el terreno se escucharon dos golpes sordos. Los del teniente acababan de liquidar a los guardianes de las piezas. Rudi avanzó sólo hacia la puerta y la abrió con cuidado, empujando con el cañón de su «metralleta». Dentro, la atmósfera era irrespirable. Cinco rusos dormían a pierna suelta, profiriendo ronquidos. Rudi sacudió al primero de ellos, al tiempo que le ordenaba en su idioma:

—¡Arriba, muchacho! ¡A relevar!

El soldado levantóse gruñendo y, sin encender ninguna luz, se ciñó la cartuchera y cogió su fusil. Apostados a ambos lados de la puerta, Bert y Alf le esperaban empuñando sus pequeñas azadas de

mano^[10]. Oyóse un golpe y el ruso se desplomó sobre el suelo. Los cuatro restantes fueron saliendo a intervalos, despertados por Rudi, para recibir en sus duras mulleras un golpe certero, de efectos fulminantes y decisivos, que los fue abatiendo uno tras otro. La operación se realizó con éxito, en medio del silencio más completo. Cuatro rusos yacían en el suelo, cuando Rudi salió empujando al quinto soldado con el cañón de su «metrallata».

—¿No hay más? —preguntó el «feldwebel».

—Ahí dentro no quedan más que chinches —contestó Rudi, rascándose vigorosamente y respirando a pleno pulmón el aire fresco de la noche—. ¡Qué olor! Otra vez no me olvidaré de un buen insecticida. —E hizo ademán de fumar con el cañón de su pistola.

Por su parte, el teniente y sus muchachos habían completado ya la colocación de los explosivos. La tarea podía considerarse terminada. Sólo quedaba retirarse en buen orden con el prisionero, sin despertar alarma alguna. Se traspuso la trinchera y la alambrada. Llevaban recorridos un centenar de metros cuando sonaron rumores a su espalda. El teniente mandó apresurarse. Una ametralladora había empezado a tabletear. Elevóse un cohete en el aire. Cien metros más. De improviso, una horrible explosión conmovió el suelo. La batería de morteros había quedado destruida. Rudi sonrió.

—¡A la carrera! —ordenó el teniente.

Despreciando ya toda precaución, los granaderos salvaron a toda velocidad la distancia que los separaba de las trincheras propias. Ahora eran ya varias las máquinas que vomitaban fuego sobre ellos.

—¿Lanzo el cohete? —preguntó el granadero encargado de los mismos.

—No hace falta —repuso el teniente—. Descubriríamos inútilmente nuestra posición y por otra parte me parece que los nuestros han empezado ya a actuar.

En efecto, sobre el horizonte brillaban intermitentes resplandores. A los pocos segundos los proyectiles de la artillería cruzaban sobre sus cabezas con impresionantes silbidos y un verdadero infierno se desencadenaba a sus espaldas. Se hallaban ante la alambrada. El teniente se orientó. El paso estaba cerca. Dieron la contraseña y a los pocos segundos saltaban todos a la trinchera.

Una breve inspección y el teniente ordenó:

—¡A casa!

—¡Hogar... dulce hogar! —suspiró Rudi—. ¿Qué estará haciendo mi rusa? —añadió, sacando su pipa y rellenándola de tabaco mientras el grupo se ponía en marcha trinchera adelante.

—¡Qué a gusto voy a dormir! —murmuró Bert, con un tremendo bostezo.

CAPÍTULO VI

A la mañana siguiente, el teniente Wahrenfels hizo formar a sus granaderos para comunicarles que por orden del mando disfrutarían de una semana de descanso absoluto.

—Me lo acaba de comunicar el mayor Braun —les informó—. Ésta es la sorpresa que os tenía reservada. Están satisfechos de nuestra actuación, lo cual no puede menos de enorgullecerme. Realizaremos sólo ejercicios teóricos durante un par de horas diarias y el resto del tiempo es vuestro... Confío en que no se os haga demasiado largo. Y ahora, ¡rompan filas y a divertirse por ahí!

Los granaderos estaban alborozados, Rudi, Alf y Bert se dieron fuertes palmadas en la espalda, riendo.

—El más afortunado es Rudi —dijo Alf—. Por lo menos él tiene novia con la que pasar el rato.

—¿Es que nosotros no podemos tenerla? —preguntó Bert—. ¿Se habrá creído este atontado que sólo él las conquista? A partir de ahora voy a demostrarle que también se derriten por mí.

—¡Cállate, pedazo de atún! ¿Dónde vas con esa cara?

—¿Es que te has creído que tú eres algún Adonis?

—Yo soy Apolo en persona —se jactó Rudi, hinchando el pecho y torciéndose el gorro.

Al llegar a las proximidades de la taberna vieron a Katia que salía con un cesto de ropa sucia. Rudi siseó y la muchacha volvió la cabeza. En su cara se pintó una expresión de profunda alegría.

—¿Dónde vas, preciosa? —preguntó Rudi.

—Pues, al río a lavar.

—¿Puedo acompañarte?

—No. Más vale que entréis a tomar una copa. Me parece que os sentará perfectamente.

—Si no la sirves tú va a parecerme veneno.

—Os la servirá mi padre. Yo vuelvo enseguida.

—Anda, Rudi. Vete con ella —dijo Alf—. ¿A qué viene tanto disimulo?

—No tengo ganas de pasear —repuso el aludido—. Vamos a echar un trago.

Los tres penetraron en el local. El viejo Iván atendía a los soldados.

—«Vodka», «vodka» y «vodka» —pidió Bert, señalándose a sí mismo y a los otros.

El viejo asintió. Poco después venía con unos vasos y la botella del licor. Rudi sirvió a sus dos amigos. Intentaba parecer despreocupado, pero sus pensamientos estaban fijos en Katia, que en aquel momento se encontraría junto al río, en cierto bello paraje cubierto por alta hierba y acariciado por la brisa. Transcurrió media hora. El local se estaba animando y casi todas las mesas se encontraban ya ocupadas. El humo lo invadía todo. De improviso Rudi se levantó.

—Voy a dar una vuelta por ahí fuera —dijo—. Tengo ganas de respirar un poco de aire puro.

—¿Aire puro? —repitieron Bert y Alf, mirándose con sonrisa socarrona—. Anda, vete. Y cuanto más tardes, mejor... para ti.

Rudi salió a la calle. El sol brillaba en el firmamento. Grupos de soldados iban y venían charlando y riendo. La guerra parecía muy lejana bajo aquel cielo espléndido, en aquel pueblecito tranquilo y apacible. Rudi tomó el camino del río. Dejando atrás las últimas casas, descendió por el ribazo y prosiguió luego aguas arriba. Una espesa vegetación crecía exuberante en aquellos parajes. Caminó aún bastante trecho. De improviso la vio, agachada junto al agua en un pequeño remanso. Silbó desde lejos para no asustarla. Al verle, ella se levantó y salió a su encuentro.

Se cogieron de las manos.

—¿Qué tal, Rudi? ¿No te ocurrió nada?

—Ya ves que estoy entero —contestó él, apartándose un poco para que lo contemplara a su placer.

—Sí, sí —sus ojos azules brillaban por la alegría—. He pensado mucho en ti. ¿Y tú? ¿Te acordaste de la pobre Katia?

—¿Que si me he acordado? No pensaba en otra cosa sino en

volver a verte cuanto antes... aquí, junto al río... los dos solos.

—No, Rudi. ¿De qué sirve alimentar vanas ilusiones? Tú te irás algún día, para no volver más... y yo quedaré aquí, con sólo tu recuerdo.

Rudi le oprimió fuertemente las manos. Estaban en un lugar tranquilo y retirado, El sol ya poniente doraba el cielo y soplabla una tenue y aromática brisa. Intentó atraerla hacia sí, y ella se resistió. La había cogido por los brazos. Quería besarla. Sentía el perfume suave de la joven invadirle los sentidos. Katia se desprendió de un tirón y alejóse unos pasos.

—No, Rudi, no —le dijo—. De nada serviría. Vete con tus amigos. Ya nos veremos después.

Rudi se alejó hasta el camino, malhumorado. La esperó junto al puente. Al poco rato la vio venir con su cesto de ropa. Cogió un asa y los dos se dirigieron hacia la taberna. La dejó que entrara sola y poco después lo hizo él.

Alf y Bert habían despachado casi toda la botella. Se les notaba una euforia apenas contenida.

—¿Qué tal te fue, muchacho? —preguntó Bert, guiñando un ojo.

—Parece que trae cara de pocos amigos —comentó Alf, por su parte.

—¿Os habéis peleado?

—¡Callaos, imbéciles! —exclamó Rudi, descargando un puñetazo encima de la mesa—. Y tú, viejo, trae otra botella.

Continuaron bebiendo. Una muchacha rusa se había puesto a cantar una melancólica canción del país y los tres llevaron el compás con la cabeza. Katia permanecía en el interior de la casa, evitando salir. Bert y Alf estaban un poco mareados. Rudi fue vaciando la botella lentamente sin que el licor le causara, al parecer, efecto alguno. Estaba acostumbrado a la bebida y se jactaba de su resistencia. Sin embargo, en aquella ocasión hubiera preferido que el fortísimo licor le turbara la cabeza cuanto antes, hasta hacerle olvidar que Katia no había querido dejar que la estrechara entre sus brazos.

Era ya muy de noche cuando los tres salieron del local. Caminaban cogidos del brazo, con paso algo inseguro, cantando a voz en grito. Una patrulla pasó por su lado.

—Son los «tres inseparables» —comentó un soldado.

—Demasiado fanfarrones —añadió otro—. ¡Claro! ¡Como los tienen tan mimados! Esos granaderos se creen...

—¿Harías tú lo que hacen ellos? —le interrumpió el cabo—. ¡Más vale que te calles, majadero!

Alf, Bert y Rudi se alejaban calle abajo. Al llegar al cuartel redoblaron sus gritos, obligando al centinela a ordenarles que se callaran. Penetraron en el local alborotando. El «feldwebel» les conminó a reportarse.

—¿Es ése el ejemplo que sabéis dar? —gruñó—. Menos mal que estamos de descanso y no quiero fastidiaros, que si no...

Rudi le caló el gorro hasta los ojos.

—¡Oiga, «feldwebel»! —le dijo—. ¿No le ha dado nunca calabazas una joven?

El «feldwebel» estaba rojo de indignación. Dos granaderos se levantaron y cogiendo a los tres camaradas por el brazo les obligaron a sentarse en sus camastros. Rudi se tendió en el suyo. Durante mucho tiempo, la figura de Katia estuvo dando vueltas por su cerebro adoptando formas extrañas. Tan pronto la veía aproximándose a él, cariñosa y solícita, entreabriendo sus rojos labios en una sonrisa, como alejándose malhumorada y hostil entre la altísima hierba de la orilla del río. Durmió muy mal y tuvo pesadillas. Soñó que él y Katia iban cogidos de la mano por un paraje encantador. De repente, el cielo se cubría de nubes amenazadoras, brillaban relámpagos y a su lívida luz, un individuo negro, horrible, con una calavera blanca sobre la frente, les acometía e intentaba llevarse a Katia. Rudi se debatió en su camastro, obligando al granadero de servicio a acudir a calmarle.

Alf y Bert roncaban un poco más allá. Rudi permaneció un buen rato despierto. Fuera sonaba el rumor de los vehículos que circulaban por la carretera, y muy lejos, un sordo rumor indicaba la presencia del frente. Hizo esfuerzos por dormir. Mil imágenes se entrecruzaban en su cerebro. Hacia la madrugada lo invadió un pesado sopor y a poco caía dormido en profundo e intranquilo sueño.

CAPÍTULO VII

Una tremenda sacudida le despertó. Fuertes explosiones hacían retemblar el edificio. Los cristales de las ventanas saltaban hechos añicos. Los granaderos se habían levantado de sus camastros y procuraban protegerse del mejor modo posible contra los gruesos muros. Densa humareda lo invadía todo. Las explosiones se sucedían ininterrumpidamente convirtiendo el tranquilo pueblecillo en un infierno de llamaradas y de gritos.

Alf, Bert y Rudi corrieron en dirección a una trinchera practicada a escasa distancia de la casa, a modo de refugio. La tempestad de hierro proseguía furiosa entre aullidos escalofrantes y horribles detonaciones que estremecían el suelo.

—Son los «veintiunos» —dijo Bert—. Pero ¿cómo es posible si hasta hace poco solo había en el sector artillería de calibre mediano?

—Los habrán transportado estos días —indicó Alf, impasible.

—Esto indica que el tren circula de nuevo a retaguardia de las líneas rusas. Pero ¿no había destruido la vía nuestra aviación? —preguntó Rudi.

—La aviación siempre cree destruirlo todo —repuso Bert—. Pero vuela demasiado alto. No hay como pegarse al terreno y colocar una buena carga de explosivos en el lugar adecuado.

El fragor de las descargas proseguía. Los habitantes del pueblo corrían despavoridos en todas direcciones. Algunas «isbas» empezaban a arder.

—¡Como le pase algo a Katia...! —amenazó Rudi, rechinando los dientes.

Una niña se había detenido a poca distancia de la trinchera en la que se habían guarecido los tres granaderos. Lloraba

desconsoladamente y miraba en todas direcciones buscando a alguien que pudiera protegerla. Un proyectil explotó tan cerca de la criatura que sus ropas se estremecieron a causa del desplazamiento del aire. Rudi apoyó ambas manos en el borde de la trinchera dispuesto a salir en su auxilio.

—¿Adónde vas, insensato? —preguntó Bert alarmado.

—En busca de esa niña... Y luego, a ver a mi Katia.

Saltó fuera del refugio y echó a correr en dirección a la niña. La cogió en vilo y la llevó junto a sus dos camaradas.

—Tenedla ahí con vosotros —les dijo.

Y partió de nuevo, impertérrito por entre el humo y la metralla. La artillería propia se disponía a contestar. Las relucientes bocas de las baterías se elevaron lentamente hasta alcanzar el ángulo apropiado. Los sirvientes con el casco calado se situaron estratégicamente alrededor de las piezas. Circularon con presteza las granadas. Se dispusieron los percutores. Eran treinta cañones de grueso calibre los situados en el sector, además de algunos morteros de largo alcance cuyos proyectiles abrían embudos tremendos y eran capaces de abatir de un solo golpe los más sólidos edificios y fortificaciones. A una señal todas las piezas vomitaron su carga. Percibióse en el aire un horrible silbido y a los pocos segundos los proyectiles se abatían como monstruos destructores sobre las posiciones de la artillería adversaria.

Alf y Bert permanecían en su refugio con la niña abandonada. Algunas ambulancias acudían hacia el pueblo. La artillería enemiga fue espaciando sus disparos y al cabo de media hora el fuego había cesado por completo. Varias casas ardían y los habitantes de Novo-Skolki se aprestaban a combatir los incendios. Alf y Bert salieron del refugio dispuestos tomar parte en las tareas de salvamento, al igual que todos los soldados de permiso. El bombardeo había causado buen número de bajas entre la población civil. Se sucedían las escenas desgarradoras, y pasaban camillas con cadáveres cubiertos con mantas. Tremendos embudos se abrían en las calles y aun flotaba en el aire una espesa neblina y el olor a pólvora y trilita.

En su puesto de mando, el mayor Braun hablaba por teléfono con el coronel del regimiento.

—Mi coronel, acabamos de sufrir un bombardeo tremendo por parte de la artillería adversaria. Se trata de cañones de grueso

calibre que hasta ahora no habían dado señales de vida en este sector. Sin duda alguna acababan de ser transportados y emplazados. No cabe duda de que el tren circula de nuevo a retaguardia de las líneas rusas.

—Bien, comandante —repuso el coronel—. Pasaremos el informe a la División. Entre tanto construyan algunos refugios para los soldados y la población civil.

—A sus órdenes, mi coronel —y el mayor Braun colgó el receptor, procediendo enseguida a dar las instrucciones pertinentes para el cumplimiento de la orden recibida.

Rudi había corrido como un loco sin hacer caso de las explosiones que se sucedían a su alrededor conmoviendo el suelo como si tuviera lugar un terremoto. Una de ellas lo arrojó contra la pared de una «isba» ardiendo y un grueso tronco cayó envuelto en llamas a pocos centímetros de su cabeza. Rudi prosiguió su carrera en dirección a la taberna. Su interior estaba invadido por una espesa humareda, procedente de un incendio cercano. No había nadie por los alrededores. Cinco proyectiles cayeron en tromba en la calle produciendo un fragor espantoso. Rudi salió al exterior. Katia debía estar refugiada en las proximidades. Dejó la carretera y salió al campo. En los barrancos se veía a buen número de personas acurrucadas con la cara contra el suelo. Recorrió buen trecho inspeccionándolo todo. Por fin, junto a una eminencia del terreno vio a Katia. Estaba tendida en el suelo procurando protegerse del mejor modo posible. Saltó a su lado. La joven dio un grito de sorpresa.

—¿Qué tal, Katia? —dijo él—. ¿No te ha ocurrido nada?

—Nada, aparte del miedo espantoso que estoy pasando.

Temblaba como una hoja. Rudi se aproximó más a ella y le pasó un brazo por la cintura atrayéndola contra sí. Los minutos se sucedieron lentamente. Pero para los dos enamorados había cesado de existir el bombardeo. Vivían en un mundo de ensueño que nada tenía que ver con los proyectiles que estallaban a poca distancia, los gritos de terror, el humo de las explosiones y el derrumbamiento de los modestos hogares.

Alf y Bert ayudaron a una anciana a salir de los escombros y luego la colocaron en una camilla. Sufría quemaduras de bastante

gravedad y dos soldados se apresuraron a trasladarla al botiquín de urgencia. Algunas ambulancias partían ya en dirección al hospital de sangre más cercano.

—¿Dónde se habrá metido Rudi? —preguntó Alf deteniéndose un poco para mirar en todas direcciones.

—Estará en algún refugio —repuso Bert irónico, haciendo con las manos un gesto ondulante.

—¡Jamás hubiera dicho que una mujer lo volviera tan mochales!

—¡Eh, mira! ¡Ahí viene!

En efecto, Rudi venía corriendo. En cuanto cesó el bombardeo, su sentimiento del deber se impuso, y tras haberse despedido de Katia con un beso, corrió hacia el pueblo dispuesto a contribuir a las tareas de salvamento.

Los tres camaradas se aprestaron a la acción. Era preciso apuntalar algunas casas y derruir otras que amenazaban desplomarse. El trabajo fue rudo y fatigoso. A mediodía el humo de las explosiones se había eclipsado por completo, brillaba un sol radiante y como huellas del tremendo bombardeo quedaban en el suelo enormes embudos de bordes calcinados y troncos ardiendo sobre el suelo. La población había sufrido buen número de bajas y varios soldados estaban heridos aunque de poca gravedad.

Bert, Rudi y Alf se retiraron a su alojamiento con el rostro ennegrecido y el uniforme rasgado. Poco después, el teniente Wahrenfels acudió a inspeccionar a su tropa. Aparte de algunas quemaduras y contusiones, los granaderos no habían sufrido daño de consideración.

—Es preciso ahondar esa trinchera y cubrirla con troncos y tierra —les dijo—. De ese modo haréis un poco de ejercicio, para manteneros en forma, no sea que se os atrofien los músculos.

Durante la noche, la artillería alemana continuó disparando intermitentemente sobre las posiciones enemigas. Flotaba en el aire cierta sensación penosa, como si se aproximaran acontecimientos de importancia. Una avioneta rusa, con las luces apagadas, voló sobre la carretera, arrojando algunas bombas sobre los poblados vecinos. Las ametralladoras antiaéreas, emplazadas en los alrededores contestaron lanzando al aire regueros de balas trazadoras. Se ordenó reforzar la vigilancia, y algunos motoristas circularon entre el puesto de mando del batallón y la localidad en la que se

encontraba el Cuartel General Divisionario.

CAPÍTULO VIII

Transcurrieron dos días. El pueblo se iba reponiendo de los desperfectos ocasionados por el bombardeo. La vida reanudaba su ritmo normal y como huellas del desastre quedaban algunas ruinas ennegrecidas por el humo y los tremendos boquetes abiertos por la explosión de los proyectiles. Los soldados de permiso circulaban alegremente por las calles y en la taberna del viejo Iván se hacía difícil, encontrar una mesa disponible.

A juzgar por ciertos síntomas, el mando procedía a reforzar aquel sector. Había acudido una compañía de zapadores que, tras breve estancia en Novo-Litka partió hacia el frente con sus pertrechos de trabajo. Las baterías antiaéreas situadas en lugares estratégicos permanecían alerta. Un batallón de carros de combate estacionado en Krasnovardeisk destacó algunos vehículos blindados a las poblaciones circundantes. Al parecer, el enemigo intentaba alguna acción que mejorase sus posiciones antes de que el invierno con sus nieves y sus hielos hiciera imposible todo movimiento.

La ciudad de San Petersburgo, ceñida por el férreo dogal de las divisiones germanas, intentaba un respiro. Sólo un ferrocarril la unía al exterior a través del boquete del Lago Ladoga, situado al Norte, hacia la frontera de Finlandia, y por aquella única vía de comunicación recibía la populosa urbe los auxilios necesarios. El conservar tal enlace con el exterior constituía un objetivo de vital importancia para los sitiados. Los aparatos germanos lanzaban sus bombas sin descanso sobre la vía férrea, pero a la imprecisión de los ataques aéreos se unía la presteza con que los batallones de trabajadores recomponían los desperfectos. El tráfico, aunque precario, continuaba. Y prueba de ello era el reciente bombardeo de algunas localidades, efectuado con piezas de grueso calibre recién

transportadas al frente.

El Alto Mando estudiaba un plan encaminado a la destrucción definitiva del ferrocarril. Una vez eliminado aquél, la ciudad no podría sostenerse más allá de unos meses.

Entre tanto, las unidades proseguían su diaria tarea, esperando el momento de lanzarse al ataque. En Novo-Litka se había instalado un puesto de observación, con globos cautivos, cuya superficie plateada resplandecía bajo el sol.

Alf, Bert y Rudi salieron de su alojamiento a media tarde. La atmósfera era suave y tranquila. Mecánicamente encaminaron, sus pasos hacia la taberna, Katia sonrió a Rudi y lo saludó con un alegre ademán. Se sentaron a beber unos vasos de «vodka». En el momento en que la joven se acercaba, Rudi le dijo a media voz:

—¿Por qué no salimos a dar una vuelta? ¿Quieres que te espere fuera, cariño?

—Eto nevozmoino^[11] —contestó ella en ruso Pero más tarde veroyatno^[12]. Ya te avisaré.

Alf y Bert la contemplaban sin entender aquella jerga.

—¿Qué le estás proponiendo? —preguntó el primero—. ¿Algo que no podemos saber nosotros?

—Nada de particular, muchachos. Tan sólo un paseíto por las cercanías. ¿Hay algo malo en ello?

—Nos tienes ya bastantes moscas, Rudi. Tanto paseíto arriba y abajo llega a escamar a cualquiera. ¿Es que pretendes dejarte atrapar por esa jovencita?

—Katia es maravillosa —dijo Rudi poniendo los ojos en blanco y dejando escapar un profundo suspiro.

—¡Y tan ingenua! —ironizó Bert—. Mírala cómo coquetea con aquellos conductores.

En efecto. Katia reía la broma de dos soldados de transportes que habían dejado sus camiones fuera, de regreso del frente. Rudi la contempló ceñudo. Sus ojos despedían chispas.

—No cabe duda —dijo Alf—. El muchacho está celoso. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

—¡No! —le atajó Bert cómicamente alarmado—. No le provoques. No tengo ganas de que el teniente nos ordene atizarnos de lo lindo como el otro día.

Rudi se levantó dirigiéndose a la puerta. Al pasar junto a Katia,

le dijo en ruso con acento irritado:

—Te espero junto a la última casa, cerca del puente.

Y echó a andar procurando contener su nerviosismo.

Katia tardó bastante en acudir. Venía con aire desenvuelto y alegre. Al llegar junto a él lo cogió de los brazos y le dijo riendo:

—Pero ¿qué te pasa, Rudi mío? ¿Acaso estás celoso? ¡Pero, si aquellos chicos eran la mar de simpáticos! Uno de ellos me estaba explicando que...

—No me interesa lo que te estaba explicando.

La cogió del brazo y echaron a andar en dirección al campo. Las sombras del atardecer empezaban a invadirlo todo. El cielo, de un azul purísimo se iba oscureciendo y una estrella brillaba en la altura. Katia se apretó contra él.

—Tengo frío —dijo.

Rudi le pasó un brazo por los hombros. Sentía el cuerpo cálido de la muchacha oprimirse contra el suyo. El olor de su pelo lo embriagaba. Se detuvieron entre unos árboles, cercanos al arroyo. Katia se sentó sobre un montículo y Rudi hizo lo propio a su lado. Permanecían cogidos de la mano, mirándose a los ojos.

—Katia —empezó él—, yo... yo te quiero. Comprendo que es una insensatez, pero no puedo evitarlo. La otra noche, mientras actuábamos, sólo pensaba en ti. Y por primera vez desde que estoy en la guerra, deseé volver sano y salvo... tan sólo para estar otra vez a tu lado... y hablarte, como ahora.

—Yo también te quiero, Rudi. El destino nos ha puesto el uno frente al otro. La guerra es cruel, pero algún día terminará, y entonces, quizá tú y yo podamos permanecer juntos para siempre... Pero ¿de qué sirve hacerse ilusiones? Volverás a marcharte y yo quedaré aquí pensando en tu regreso. Tal vez regreses a tu país y nunca más te acordarás de Katia.

Las lágrimas asomaban a sus ojos. Rudi la atrajo hacia sí suavemente. Ella cedió. Sus labios se unieron en un beso.

—Pase lo que pase —susurró él— te querré siempre. Vendrás conmigo ¿eh, Katia? Verás qué felices seremos cuando todo esto haya terminado y la paz reine de nuevo en la tierra.

Permanecieron largo rato sumidos en un profundo éxtasis. Era ya noche cerrada. Las estrellas resplandecían sobre el firmamento. A lo lejos, sonó una corneta. Hasta ellos llegaba el sordo rumor de los

camiones que circulaban por la carretera.

—Tenemos que irnos —murmuró Katia—. Mi padre estará intranquilo.

Rudi se levantó y, tendiéndole las manos, la ayudó a levantarse. Empezaron el regreso lentamente, sin despertar de su ensueño. El granadero la acompañó hasta la puerta misma de la taberna. Volvieron a besarse en la oscuridad.

—Hasta mañana, Katia... Y sueña conmigo.

—Hasta mañana, Rudi.

Alf y Bert estaban ya en el cuartel, tendidos en sus camastros cuando llegó su camarada.

—¡Vaya horas, amigo! ¿Qué tal ha estado la función? —dijo el primero.

Rudi gruñó malhumorado. No estaba para bromas. Se tendió en su colchoneta y quedóse inmóvil contemplando el espacio.

—Todavía le dura el alelamiento —añadió Alf—. ¡Hay que ver lo bajo que puede caer un hombre!

Dio media vuelta y se acomodó para dormir. Bert contempló a Rudi con aire desdeñoso y cogiendo un periódico se puso a leer a la débil luz de una bombilla.

Percibióse un lejano rumor que poco a poco se fue aproximando. Varias escuadrillas de aviones cruzaban el espacio. Los granaderos escucharon con atención.

—¿A dónde irán éstos? —preguntó uno de ellos.

—Me importa un comino —contestó Bert— con tal de que no descarguen por aquí.

El rumor se alejó. Al poco rato unas sacudidas casi imperceptibles conmovían el suelo. Las bombas estallaban sobre la ciudad sitiada, mientras decenas de reflectores recorrían el cielo en busca de los aparatos atacantes y los cañones antiaéreos descargaban su metralla en el aire, en busca de las alas de acero que marcaban su paso con una estela de muerte y destrucción, Bert apagó la luz, y al poco rato roncaba apaciblemente mientras fuera zumbaban los aviones en su camino de regreso.

CAPÍTULO IX

—¡A formar! —gritó el «feldwebel».

Eran las siete de la mañana. Los granaderos se apresuraron a ocupar su puesto en las filas. El teniente acudió a presenciar la lista. Uno por uno, fueron contestando al oír su nombre. Tratábase de una mera rutina, que el teniente imponía para que no se perdiese el hábito de la disciplina cuartelera. Se nombraron algunos servicios y el «feldwebel» iba a mandar romper filas, cuando el teniente lo detuvo con un gesto.

—Rudi, Bert y Alf acudirán a mi alojamiento —dijo—. He de comunicarles un asunto importante.

—¿Qué diablos querrá? —murmuró Rudi.

—A lo mejor nos han concedido la Cruz de Hierro de primera clase y un permiso a Berlín —repuso Bert haciendo una mueca.

El teniente se alejaba y los tres granaderos lo siguieron. El jefe de la patrulla se detuvo al llegar ante la puerta de su «isba».

—Pasad, muchachos —les dijo—. Echaremos un trago y charlaremos.

—Tanta amabilidad me escama —dijo Rudi por lo bajo.

Se sentaron a la mesa y el teniente empezó sin más preámbulos:

—La situación se ha complicado ligeramente en estos días. Al parecer, los rusos disponen de refuerzos que sólo pueden haberles llegado mediante la vía férrea que nosotros hemos procurado por todos los medios destruir, sin que hasta la fecha se haya conseguido de manera absoluta. Sin embargo, pudiera ocurrir alguna circunstancia imprevisible que contribuya a mejorar sus comunicaciones. El mayor Braun me llamó ayer noche para comunicarme que es preciso enterarse de algo... Y para ello no existen más que dos sistemas: hacer una excursión por terreno

enemigo, observando personalmente lo ocurrido, o dar un golpe de mano contra las trincheras, trayéndose a algunos prisioneros que nos ayuden a desentrañar el enigma. El mayor y yo llegamos a la conclusión de que tres granaderos decididos pueden realizar esto último sin demasiado ruido, y a la completa satisfacción del Mando. Inmediatamente pensé en vosotros. Decidme sinceramente qué opináis. Desde luego, no voy a obligaros y si alguno prefiere quedarse, que lo diga con toda claridad.

—Mire usted, mi teniente —contestó Rudi—. Sabe que nos pirramos por estas faenitas. ¿Cuántos rusos quiere? ¿Le basta con veinte? Y aun diré más: si me autoriza, iré yo solo.

Dos manazas se abatieron sobre sus hombros, estando a punto de derribarlo al suelo. Alf y Bert lo amenazaban con sus puños.

—Bueno. No os peleéis por eso —dijo el teniente sonriendo—. Iréis los tres y espero que tengáis suerte les sirvió «vodka». —La operación parece sencilla, pero el Mando le atribuye una importancia extraordinaria. De las declaraciones de esos prisioneros depende el planeamiento definitivo de algunas operaciones en estudio, así que mucho ojo, agilidad y precaución.

Desenrolló un plano y procedió a instruirles en los detalles del golpe de mano. Se trataba en líneas generales de sorprender a centinelas aislados a lo largo de una trinchera que se extendía frente a las posiciones de la cuarta compañía del Segundo Batallón y traerlos sin armar ruido alguno, o bien de sorprender a toda una escuadra dormida en su chabola y obligarla a caminar entre los cañones de sus «metralletas» en dirección a las líneas propias.

—Os deslizareis como gatos, y a menos que estéis seguros del éxito, no actuéis. Prefiero volváis sanos y salvos, con las manos vacías, que heridos o maltrechos con un ruso o dos. Llevaréis equipo ligero y saldréis a media tarde hacia las posiciones de primera línea. El capitán Schmidt os espera.

—¿Qué os parece? —preguntó Bert al salir—. ¿Éste es nuestro famoso descanso?

—Bueno —dijo Alf—. Yo empezaba ya a aburrirme. Además, la cosa promete resultar divertida, ¿verdad, Rudi?

—Desde luego. Por otra parte, se trata sólo de perder una noche. Algo así como cuando en otros tiempos se iba uno a correr una juerga con los amigos, no regresando hasta la madrugada.

Después de la comida repasaron su equipo. Limpiaron cuidadosamente su «metralleta», comprobaron el filo del machete, y se aprovisionaron de bombas de mano.

—¿Piensas ir a ver a Katia? —preguntó Bert a Rudi.

—Sí, pero no le diré nada de la faena de esta noche. ¿Qué saco con hacer padecer a la pobre muchacha?

En el almacén de intendencia recogieron un ligero suministro en frío que colocaron en la pequeña bolsa de costado asegurada al cinto. Serían las cuatro y media cuando un camión acudió a recogerlos.

El capitán Schmidt les estrechó la mano, una vez llegados a la primera línea.

—Ya me sospechaba que seríais vosotros —dijo—. ¡Consecuencias de disfrutar de tanta fama! Pasad a mi chabola y tomaremos una copa de coñac.

Una vez dentro del abrigo, les instruyó ligeramente acerca de las condiciones en que se encontraba la trinchera de la que saldrían y por la que procurarían volver.

Transcurrió una hora. Se había hecho de noche. El capitán llamó a un enlace. Se estrecharon la mano.

—Buena suerte, muchachos —les deseó—. Y hasta la vuelta. No os traigáis una compañía entera... No sabríamos dónde meterla.

El enlace los condujo hasta el puesto avanzado. El movimiento nocturno había, empezado. Sonaban tiros sueltos y alguna que otra ametralladora tableteaba lanzando sus balas trazadoras. Atravesaron a rastras el paso abierto en la alambrada. Las posiciones estaban muy próximas y era preciso adoptar precauciones desde el principio. Prosiguieron arrastrándose como fieras al acecho por la tierra de nadie. Con los ojos fijos al frente, Rudi, Bert y Alf se detenían de vez en cuando conteniendo la respiración para escuchar mejor. Los cohetes se elevaban en el aire difundiendo su lívida claridad unos segundos para apagarse después con un chasquido. Dieron un rodeo para enfilarse la trinchera enemiga por el lado que, según información de la compañía estaba más desguarnecido. Al llegar frente a los sacos terreros se detuvieron a estudiar el terreno.

—Avanzaremos de la siguiente forma —dijo Rudi en voz baja—. Uno por el fondo de la trinchera. Este seré yo mismo. Los otros dos

por encima, Alf por el lado derecho y Bert por el izquierdo. Sobre todo, no hay que dejarles gritar ni disparar, ni lanzar un cohete de alarma. Si los sorprendemos adormilados podremos traernos lo menos cinco o seis.

Redoblaron las precauciones. Bert tropezó contra un bote de hojalata, lanzo una maldición. Avanzaron cincuenta metros sin respirar apenas. El menor descuido podía costarles la vida. La trinchera hacia un recodo. Al otro lado una sombra destacaba confusa contra la tierra removida. Rudi hizo una seña. Se deslizaron como gatos. Rudi se encontraba a pocos metros del ruso. Éste oyó algo y volvió la cabeza.

—Kotori téper tchasse? —^[13]— preguntó, sin sospechar en absoluto.

—Téper sefn^[14] —contestó Rudi con voz tranquila.

—Téme loutchné^[15].

Sin duda alguna estaba esperando su relevo. El cañón de una «metralletas» se incrustó en sus costillas, al tiempo que Rudi le conminaba con los dientes apretados:

—¡Silencio o te dejo seco!

El ruso abrió unos ojos como platos a causa de la sorpresa. Dos «metralletas» más le apuntaban por encima de la trinchera. Era inútil resistir. Levantó los brazos y Rudi lo despojó de su armamento.

—Encárgate de él, Alf. Y cuidado con dejarle escapar.

Iban a proseguir cuando sonaron pasos en la trinchera. Dos hombres se acercaban. Rudi, Alf y Bert se habían tendido en el suelo obligando al prisionero a hacer lo mismo. Eran el soldado de relevo y un sargento, que sin duda inspeccionaba los puestos. Bert estuvo a punto de lanzar un silbido. ¡Nada menos que un sargento! Tras unos sacos terreros, Rudi esperó a que la pareja desembocara en el parapeto. Hizo una seña y tres «metralletas» enfilaron a los rusos, una desde arriba y dos desde ambos lados de la trinchera, ya que Bert se había dejado caer al fondo de la misma para evitar que huyeran por el ramal contrario. Los rusos no opusieron resistencia. Era completamente inútil.

Había que emprender la retirada, sin provocar alarma alguna. Retrocedieron por el lugar por el que habían venido. La noche se poblaba de rumores. Una patrulla enemiga pasó a poca distancia.

Esperaron con los nervios en tensión hasta que se hubo alejado. Bert inspeccionó brevemente los alrededores. Salieron de la trinchera. El regreso era fatigoso en extremo por tener que avanzar a rastras cuidando de los prisioneros. En cuanto se hubieron alejado un poco, Rudi dijo en voz baja a sus dos camaradas:

—Buena caza, ¿eh? ¡El mayor Braun nos va a dar un abrazo de contento!

—No he visto en mi vida una cosa más fácil —comentó Bert—. Ha sido igual que meter la mano en una madriguera y sacar a tres conejos cogidos de las orejas.

—Lo bueno del caso es que nadie se lo va a creer —añadió Alf—. Habrá que dramatizar un poco el relato. A los pocos minutos distinguieron la alambrada. El centinela les dio el alto y ellos contestaron la contraseña. El capitán Schmidt no daba crédito a sus ojos. Prosiguieron hasta el lugar en el que aguardaba el camión y hacia la medianoche se presentaron en el puesto de mando con los tres prisioneros. La sorpresa del mayor Braun fue inmensa. Aquellos muchachos valían su peso en oro. Les estrecho la mano cordialmente. Dos soldados armados de «metralletas» condujeron a los prisioneros hasta el puesto de mando regimental, donde serían interrogados. Poco después, Alf, Bert y Rudi, se tendían en sus colchonetas dispuestos a dormir tranquilamente hasta que alboreara el nuevo día.

CAPÍTULO X

—He pedido permiso al teniente para ir hasta Krasnovardeisk y me lo ha concedido —dijo Rudi a sus amigos aquella mañana, cuando los tres abandonaban el alojamiento.

—¡Vaya, hombre! —exclamó Alf—. Y... ¿vas tú solo?

—Pues... me hubiera gustado mucho que me acompañarais, pero es que una vez allí estaré bastante ocupado y...

—Bien. Bien. Por cierto que hace una hora he visto a Katia subir a un camión. ¿No iría también hacia Krasnovardeisk?

—¿Yo, qué diablos sé? ¿Creéis que me tiene al corriente de todo cuanto hace?

Se apostaron en el surtidor de gasolina situado a la salida del pueblo, donde se detenían la mayoría de los camiones que circulaban por aquel sector. No tardó en aparecer un formidable «Henschel» con remolque. Rudi hizo una seña. El camión se detuvo a repostar.

—¿A dónde vais, muchachos? —preguntó a los conductores.

—Nos llegaremos a Krasnovardeisk y hacia media tarde estaremos de vuelta.

—¡Magnifico! Voy con vosotros.

Subió al vehículo. Otros soldados se encontraban sentados ya en el interior. Saludó a sus dos amigos con la mano, en el momento en que el camión se ponía en marcha.

—¡Hasta la vista!... ¡Y que os divirtáis! —le gritó Alf.

Rudi sacudió ambas manos con gesto de despreciativa burla. No era fácil engañar a sus amigos. El camión rodaba traqueteando por la desigual carretera entre el monótono zumbido de su potente motor. Krasnovardeisk se perdió en el horizonte al cabo de una hora. Era una ciudad populosa y enorme, donde las divisiones

alemanas habían instalado los servicios del sector. Por sus calles deambulaban siempre soldados cuyos grises uniformes se mezclaban a los harapos de la población civil. Les cafés estaban siempre animados y en algunos restaurantes se servían comidas, aunque a precios sólo asequibles para quien dispusiera de dinero en abundancia.

Katia lo esperaba, según lo convenido la noche antes, en la plaza principal, ante la iglesia ortodoxa, con sus doradas cúpulas bizantinas. Estaba muy guapa con su vestido nuevo y su pañuelo en la cabeza, al estilo del país. Le sonrió mostrando sus blanquísimos dientes y avanzó hacia él con los brazos extendidos. Caminaron lentamente, disfrutando con el espectáculo de la ciudad. Penetraron en una o dos tiendas y Rudi la obsequió con algunas chucherías que ella recibió entre exclamaciones de alborozo. Más tarde se fueron a comer a un restaurante. Sentados ante el blanco mantel, se contemplaron a los ojos. Un camarero acudió solícito. El menú era sencillo, pero constituía un verdadero lujo, teniendo en cuenta las circunstancias. Rudi permitió pedir hasta una botella de vino que saborearon lentamente. A través de los cristales de la ventana podía verse a la muchedumbre ir y venir en ininterrumpida comente. Después de comer se fueron al parque.

—¡Mira qué estanque tan precioso! —exclamó Katia.

Se acercaron al agua rodeada de verdor y se contemplaron en su claro reflejo.

—Katia, ¿sabes que hoy estás preciosa de verdad?

Los ojos de la joven brillaron de alegría y oprimió el brazo de Rudi, acercándose aún más a él. Cambiaron en silencio durante un buen rato.

—¡Cómo me gustaría permanecer para siempre aquí... contigo! —murmuró Rudi—. En una población como ésta, donde por lo menos se puede vivir y donde no amenaza a cada instante la presencia del frente.

—No te hagas ilusiones, Rudi, Tú y yo no podemos pensar siquiera en tales cosas. Tu destino es luchar... y el mío esperarte.

—¡Quizá algún día...!

—Olvida que hemos de volver a Novo-Skolki. Olvidemos que tú eres un soldado y yo una muchacha rusa. Aprovechemos estos instantes y no nos acordemos del mañana.

—Sí. Tal vez sea lo mejor —murmuró Rudi, pensativo.

Permanecieron, en el parque hasta la media tarde. De pronto Rudi consultó su reloj. Había que apresurarse si quería regresar en el mismo camión. Katia lo haría un poco más tarde, con los aldeanos con los que había venido y que efectuaban algunas compras en la ciudad. Se besaron apasionadamente.

—Hasta luego, Katia. Si regresas temprano aun nos veremos un rato esta noche, ¿verdad?

—Creo que sí, Rudi. Espérame junto al puente. Iré aunque sólo sea para darte otro beso.

Rudi esperó en la esquina convenida a que pasara el camión. Éste no tardó en aparecer.

—¿Qué tal se te ha dado, granadero? —le preguntó uno de los chóferes.

—En la ciudad siempre se pasa bien —contestó Rudi subiendo a la cabina—. Lo malo es que no le dan a uno permiso más que para un día...

El camión emprendió el regreso. El paisaje monótono y llano desfilaba lentamente ante los ojos de Rudi, que miraba abstraído ante sí sin ver nada. Los kilómetros se fueron sucediendo uno tras otro. El camión de gran potencia seguía una marcha uniforme y tranquila.

—¿Un cigarrillo? —ofreció el chofer.

Rudi aceptó y procedió a encenderlo. Las bocanadas de humo fueron llenando la cabina poco a poco. Rudi bajo el cristal de la ventanilla unos centímetros. De improviso, sus oídos aguzados por la constante alerta percibieron un rumor que destacaba sobre el zumbir del vehículo. El chofer lo miró con expresión interrogante.

—¿Ocurre algo? —preguntó.

Rudi acabó de bajar el cristal y sacó la cabeza. No le cabía la menor duda. Un tremendo bombardeo tenía lugar a muy poca distancia, quizá en dirección a Novo-Skolki. Al ascender una pequeña loma, el paisaje se amplió ante sus ojos. Sobre el horizonte se levantaba una espesa nube de humo que cubría considerable extensión de terreno. Inconscientemente, el chofer aceleró la marcha. Las explosiones se sucedían con tremendo fragor. Se notaba estremecerse el suelo a pesar de la distancia. Avanzaron algunos kilómetros. Al torcer una curva percibieran las llamaradas de los

proyectiles de grueso calibre.

—No habrán dejado una casa en pie —dijo el chofer—. Esperemos unos minutos. No quiero exponer mi coche inútilmente.

El bombardeo se prolongó todavía algunos minutos. Luego los disparos se fueron espaciando, y por fin cesó. Densa nube de humo flotaba en el espacio. Hasta ellos llegaba el olor de la pólvora. Muchas casas ardían. El vehículo avanzó hasta las afueras del pueblo. El espectáculo era impresionante. Muy pocas casas permanecían incólumes, Rudi echó a correr. La gente huía despavorida en todas direcciones. Veíanse cadáveres destrozados tendidos en la calle. Una sirena de alarma dejaba escapar sus trágicos quejidos. Rudi avanzó por entre los escombros en dirección al cuartel. Alf y Bert le salieron al encuentro. Tenían el rostro ennegrecido por el humo. Todos los componentes de la patrulla se disponían al salvamento de cuantas personas yacían bajo las casas derrumbadas.

—Lo del otro día no fue nada comparado con éste —le dijo Bert, jadeando.

Los tres corrieron hacia un lugar en el que sonaban lamentos y gritos. Era preciso apartar troncos humeantes, abatir paredes, extraer seres vivientes y cadáveres de entre las ruinas. Apenas alguna que otra casa se había salvado del bombardeo. El cuartel sufría desperfectos de consideración.

—Me parece que van a evacuar el pueblo —dijo Alf—. Por lo menos así lo he oído decir al teniente.

La casa de Katia estaba casi destruida. Sólo se haría salvado una pequeña parte, aquélla donde se hallaba el local destinado a taberna, y algo de la vivienda de sus dueños. Rad: sintió que el corazón se le oprimía. El viejo Iván contemplaba desconsolado la ruina de su hogar. Rudi le dio unas palmadas en la espalda, tratando de infundirle ánimos.

El salvamento se prolongó hasta una hora muy avanzada de la noche. Katia y Rudi no se acordaron, más de su entrevista. La primera había llegado dos horas después de terminar el bombardeo. Lloró desconsoladamente ante las ruinas y luego dedicóse con las demás mujeres a trasladar y curar a los heridos. SI bombardeo había afectado también a varios pueblos vecinos. La carretera se llenó de fugitivos que se dirigían a retaguardia con los enseres que

habían podido salvar de la catástrofe.

Aquella noche y cuando una relativa calma volvió a reinar sobre el pueblo, el teniente reunió a sus hombres ante las ruinas del cuartel.

—Recojan todo su material —les dijo—. He sido llamado con urgencia al puesto de mando. A mi regreso deberán estar dispuestos para lo que el coronel ordene.

Y partió en un coche ligero que le esperaba a poca distancia. Los granaderos se afanaron en ordenar el material y limpiarlo superficialmente. Afortunadamente no se había perdido el armamento ni las municiones.

—Preveo acontecimientos —murmuró Rudi, mirando abstraído hacia el lugar por el que el teniente se había alejado...— Y no buenos, por cierto.

CAPÍTULO XI

—Pase —dijo el coronel Weiss, cuando el teniente hubo llamado con los nudillos a la puerta del alojamiento de su jefe regimentad.

El teniente Wahrenfels se cuadró, El coronel Weiss le hizo un gesto con la mano, indicándole que se sentara. Era un hombre alto, fornido, con el pelo cortado casi al rape, que vestía impecablemente un uniforme en el que destacaban multitud de condecoraciones algunas de ellas obtenidas en la primera Guerra Mundial, cuando con el grado de teniente sirvió en un regimiento que operó por tierras de Francia. Dirigióse en silencio a una mesa y desplegó sobre ella un enorme plano. Luego volvióse hacia Wahrenfels, tomó asiento frente a él y ofrecióle un cigarrillo.

—Tenemos que hablar —le dijo. Era hombre de pocas palabras y expresión inteligente y abstraída—. No es preciso que detalle los preliminares de la cuestión, puesto que ustedes mismos acaban de sufrir sus consecuencias. En resumen: los rusos han vuelto a poner en funcionamiento el ferrocarril San Petersburgo-Sestrorjezc que nuestra aviación había conseguido destruir de manera casi completa, y por él circulan otra vez trenes de municiones y de material. La artillería gruesa dispara otra vez sobre nuestras posiciones. Ello indica la posibilidad de que el enemigo se prepare para una acción ofensiva, tratando de libertarse del cerco o de aligerarlo en lo posible.

Permaneció unos minutos en silencio, dando chupadas a su cigarrillo. El teniente Wahrenfels escuchaba atentamente.

—Como usted sabe, desde Sestrorjezc, a orillas del Ladoga, se establece comunicación con el resto del país no sometido todavía por nuestras armas, El peligro que ello implica para nuestra seguridad futura, es evidente. Si empiezan a afluir a la ciudad

armas y pertrechos, San Petersburgo puede encontrarse en condiciones de intentar una operación de gran estilo que en modo alguno podemos permitir. Todo el problema estriba, pues, en la eliminación de ese ferrocarril, pero de manera efectiva y completa, sin dejar al enemigo posibilidad de rehacerlo hasta que las bajas temperaturas del invierno conviertan la empresa en imposible.

El teniente Wahrenfels se arrellanó en su butaca. La perspectiva empezaba a gustarle.

—Los ataques de la aviación —prosiguió el coronel— resultan siempre algo imprecisos. En esta ocasión no podemos dejar nada al albur. En conferencia celebrada esta mañana con el Cuartel General divisionario acordamos que lo más efectivo era mandar una patrulla que salvando cuantos obstáculos se opongan a su paso llegue hasta la vía férrea y coloque potentes explosivos en diversos lugares de la misma, abarcando cuanta extensión le sea posible. No se me oculta que la tarea resulta fatigosa y arriesgada, pero su patrulla puede realizarla, teniente. Creemos que es la única con facultades para ello. La elección constituye un honor para ustedes.

El coronel fue hacia la mesa e hizo señas al teniente Wahrenfels para que se acercara. El enorme plano del sector abarcaba desde el Golfo de Finlandia al Lago Ladoga y mostraba con todo lujo de detalles la estrecha faja de terreno sobre la que se encuentra situada la ciudad. Tomó una regla y prosiguió:

—Preste atención, teniente. Nuestro proyecto es el siguiente. Si tiene alguna duda le ruego que la aclare. Como ve, la primera línea viene de Pertehof y pasando por encima de Pushkin prosigue hasta Schlüsselburg. La cuarta compañía del segundo batallón se encuentra precisamente allí —señaló con la regla un lugar del plano, cerca de Pchira. Por esa posición efectuarán ustedes su salida. El regreso... lo dejo a su elección. Llevarán fusil ametrallador con las correspondientes municiones, «metralletas», bombas de mano de mango y de huevo, azada y provisiones en forma concentrada para cuatro o cinco días. No se expongan temerariamente. Calculen con precisión todos sus golpes. Actúen de preferencia por la noche. Ocúltense durante el día y procuren descansar. No olviden cohetes de alarma por si los necesitan al regreso. Prepárense bien durante todo el día de mañana. A las ocho de la noche, un camión los conducirá hasta la primera línea. No

pierdan de vista la tremenda importancia que tiene su tarea y tengan bien presente que toda la división seguirá el desarrollo de la misma con la confianza más absoluta puesta en ustedes.

Los dos se habían levantado, El teniente Wahrenfels repuso:

—Agradezco en nombre mío y de mi grupo la confianza a que usted acaba de aludir y tenga la seguridad de que sabremos hacemos acreedores a la misma.

Se cuadró rígidamente, y el coronel le estrechó la mano.

—Buena suerte, teniente. ¿Está todo bien claro?

—Perfectamente, mi coronel, Usted, nos ha expuesto el problema en líneas generales. Deje los detalles de nuestra cuenta.

Sonrió y, dando media vuelta, abandonó la habitación. El mismo coche que lo había traído lo condujo de nuevo a Novo-Litka a través de la llanura ondulada en la que algunos árboles elevaban al cielo su desnudo ramaje. Pero el teniente no perdía el tiempo contemplando el panorama. Su cerebro trabajaba sin descanso desde el momento en que el coronel lo había mandado llamar.

La misión que acababa de encomendársele constituía una responsabilidad tremenda para él. Un fracaso significaba la intensificación de las defensas rusas, y el invierno, ya próximo, ocultaba tenebrosas y vagas amenazas. Sería preciso preparar la operación con un cuidado extraordinario, sin dejar nada al albur.

En dirección al frente se percibía el tronar de la artillería que machacaba las defensas enemigas. El chofer señaló hacia la izquierda sin disminuir la velocidad del coche. Varias escuadrillas de aviones volaban en formación. El teniente Wahrenfels observó con sus gemelos de campaña. Eran bombarderos «Ju 87»^[16] acompañados por una fuerte escolta de «Messerchmidts 109» velocísimos y potentes.

—Parece que se dirigen hacia la ciudad —dijo el chofer.

—En efecto. El frente se anima, ¿eh, muchacho? Ya era hora después de tantos meses de guerra de posición. Esto aburre a cualquiera.

—Ustedes no tienen tiempo de aburrirse nunca, mi teniente. A veces, me dan ganas de dejar este maldito coche y pedir mi ingreso en una patrulla de exploración, como la suya.

—Conducir un automóvil también tiene su mérito, amigo. Sobre todo en ciertas circunstancias especiales... Y me parece que éstas

van a presentarse muy pronto para ti.

Las ruinas del pueblo se perfilaban ya sobre la carretera. Penetraron por la calle principal, libre de escombros, pero en la que aún se trabajaba denodadamente apartando ruinas y despejando el terreno. El automóvil se detuvo en lo que había sido alojamiento de la patrulla. Ante la puerta se apilaban toda clase de pertrechos.

—Bueno, muchacho —dijo el teniente al chofer, hemos llegado. Hasta la vista... y a ser posible en San Petersburgo.

El chofer saludó. Su automóvil describió una cerrada curva y se alejó de nuevo en dirección a su punto de procedencia.

Los granaderos habían acondicionado del mejor modo posible lo que quedaba del local. Colgaban sacos ante las ventanas y se habían apuntalado las paredes. El «feldwebel» acudió a dar la novedad, a su teniente.

—Todo el mundo dispuesto para una operación. A primera hora de la mañana pasaré revista. Dedicarán el día a prepararse. Se ha de engrasar el armamento, preparar municiones y repasar las espoletas de las bombas. Cuide usted de todo ello y de orden al cabo Schäfer para que se encargue del aprovisionamiento. Raciones concentradas para cinco días. Que nadie olvide su «rancho de hierro»^[17]. Saldremos hacia las posiciones a las ocho. Nada de despistes ni de distracciones.

El «feldwebel» saludó. La cosa iba en serio esta vez. A juzgar por la actitud del jefe, se trataba de una tarea de envergadura. Hizo formar a los hombres, y les comunicó la orden recibida.

—Ya tenía ganas de abandonar este maldito pueblo —comentó Bert alegremente.

—¡Esto es lo nuestro! —añadió Alf—. Nada de atrapar rusos como conejos, sino al asalto con energía, coraje y decisión. ¡Esta vez van a saber quién es Alf Voss! ¡Ra, ta, ta, ta! —hizo, esgrimiendo una «metralleta» imaginaria.

—La verbena va a empezar —dijo. Rudi—. Y nosotros seremos los encargados de preparar los fuegos de artificio con los que de comienzo. Esta vez vamos a divertirnos, os lo aseguro.

Y se ciñó el cinto, palpando la pistola que colgaba del mismo.

CAPÍTULO XII

A los primeros albores de la mañana, el grupo formó en la calle. El «feldwebel» Engerling, con su rostro atezado, el cabo Schäfer, silencioso y tranquilo, los dos sirvientes del fusil ametrallador, Rudi, Alf y Bert y los otros cuatro granaderos, todos rígidos y firmes, con sus botas lustradas, sus cascos limpios y la mirada penetrante y enérgica fija en su jefe. El teniente Wahrenfels les pasó una revista minuciosa, que no perdonó ni los botones de las guerreras y, enseguida, procedió a explicarles el alcance y objetivo de la incursión. Los granaderos escuchaban con la máxima atención.

—Necesitaremos ser astutos como zorros. Nada de temeridades ni de riesgos inútiles. Perfecta coordinación y mucha disciplina. La acción personal será aconsejable sólo en casos de verdadero apuro. Confío en vuestra inteligencia y en vuestra decisión. El Alto Mando y la División entera tienen puestos sus ojos en nosotros... No os digo más. Que todo el mundo esté aquí a las siete y media, listo para la marcha.

A las tres de la tarde el cabo Schäfer apareció con dos soldados cargados con sacos, procediendo a repartir el suministro en frío. Cada granadero recibió un pan en conserva^[18], diversas latas de alimento concentrado, mantequilla, que colocaron en una cajita de material plástico destinada al efecto, caramelos vitaminados y una botería de «vodka» con cierre a presión. Las cantimploras se llenaron de té fuerte. La bolsa de costado quedaba repleta. A ser posible, debían procurarse otros alimentos en territorio enemigo. Aquello constituía la reserva imprescindible para los cuatro o cinco días que durase la incursión.

Todo el mundo se afanó en los preparativos y a las cuatro de la

tarde podían considerarse terminados. Los equipos se apilaban en perfecto orden. El cabo Schäfer acababa de montar otra vez su fusil ametrallador, que había limpiado y repasado pieza por pieza y procedía a aplicar polvos de azufre al mecanismo de alimentación. Rudi se le acercó.

—Voy a llegarme a la taberna del viejo Iván —le dijo—. Si el «feldwebel» pregunta por mí, dile que estaré ausente unos minutos.

—Mira, Rudi, no gastes bromas —remiso el cabo contrariado.

—No tardaré ni dos minutos. Se trata sólo de cambiar unas palabras con...

—Sí, con tu rubia, ya lo sabía. Bueno, vete. Pero si preguntan por ti, yo no sé nada. No tengo ganas de ganarme un paquete por culpa de un testarudo semejante. ¡Bah! ¡Esas mujeres...! —gruñó desdeñoso.

Rudi miró a derecha e izquierda. Alf y Bert lo estaban observando. Esperaban que el hecho se produjese desde hacía bastante rato. Le hicieron un gesto con la mano, indicándole que se apresurara, al tiempo que le guiñaban un ojo. Podía confiar en ellos. Eran los mejores camaradas del mundo.

Katia se encontraba en el interior de la ruinosa vivienda, arreglando en lo posible algunos desperfectos que la hicieran de nuevo habitable. El viejo Iván clavaba algunas tablas. Aprovechando un momento en que aquél estaba de espaldas hizo una seña a la joven, y ésta salió a la calle.

—Tengo que hablar contigo —le dijo el granadero.

—Ahora no. ¿No has visto el trabajo que nos espera? Si perdemos el tiempo, pasaremos un invierno espantoso. Hay que tapar las aberturas para que el aire no penetre por ellas.

—Hemos de hablar —repitió Rudi, inflexible.

—Bien. Como quieras. Pero no mucho rato. Mi padre se enfadará.

Caminaron a lo largo de la carretera hasta la salida del pueblo. Una vez junto al bosquecillo de abetos, Rudi se detuvo, la cogió por los brazos y la estuvo contemplando largo rato en silencio.

—¿Qué te curre, Rudi? ¿Os vais otra vez?

—Sí, Katia. Pero ahora permaneceremos ausentes algunos días... o quizá semanas. Todo depende de cómo se nos den las cosas.

—¡Oh, Rudi! —exclamó ella, oprimiendo la cara contra su

pecho.

Rudi la estrechó fuertemente.

—Esta vez no las tengo todas conmigo. Además, he oído decir que piensan evacuar el pueblo. Así que no es fácil que volvamos aquí de descanso.

—Lo sabía. Mi padre y yo hemos decidido trasladarnos a Krasnovardeisk, a casa de unos parientes, en caso de que la orden se haga efectiva.

—Nuestro regreso aquí es dudoso. De todos modos a mi vuelta... si es que nada me ocurre, pediré permiso e iré a verte a Krasnovardeisk. No olvides darme las señas de esos parientes tuyos.

Katia se estremeció.

—Tengo un presentimiento. Me parece como si esta separación fuera definitiva para los dos.

Rudi se echó a reír, forzadamente.

—Ya sabes que mi patrulla es la patrulla de la suerte. Siempre volvemos, Katia, y esta vez no hay motivo para suponer otra cosa. Lo único que lamento es haber de pasar algunos días sin verte. Al regreso nos encontraremos en la ciudad. Iremos a comer a un restaurante y a pasear por el parque como aquel día... ¿recuerdas? Aun será mejor que aquí.

Katia lloraba en silencio.

—Vamos, Katia. No seas tonta. Este pueblo está ya inhabitable. Es preciso que os trasladéis a lugar más seguro. Además, en la ciudad siempre estarás más divertida, ¿no te parece?

—¿Más divertida? ¿Sin ti? ¡Oh, Rudi! No digas tonterías —y redobló sus sollozos.

Rudi le levantó la cara mojada por las lágrimas y la besó largamente.

—Tengo que marcharme, Katia. Hay órdenes severas y no quiero poner en un compromiso a mis amigos.

Ella se oprimió más contra su cuerpo.

—¡No, Rudi, no! No te vayas. Si te ocurriera algo me moriría. Puedes estar seguro.

—Nada de eso. De aquí a unos días estaremos de nuevo juntos. Vamos, No llores más. Dame un beso y... «auf wieder sehen».

Caminaron hasta la entrada del pueblo cogidos de la cintura. Katia se volvió hacia el granadero.

—«Auf wieder sehen» —le dijo en alemán. Y echó a correr hacia su casa sin volver la cabeza. Rudi permaneció unos instantes abstraído y luego emprendió su regreso hacia el cuartel, no sin adoptar antes algunas precauciones.

Se aproximaba la hora de partida. Algunos soldados pertenecientes a otras unidades habían acudido a despedirse de los granaderos y ante la puerta del alojamiento reinaba desusada animación.

La noche se aproximaba. Un enlace motorista atravesó la calle camino del frente. Poco después varios camiones aparecieron por el extremo opuesto del pueblo, y mientras los vehículos repostaban gasolina, los soldados que viajaban en los mismos bajaron a estirar un poco las piernas. Rudi pensó con disgusto en los requiebros que escucharía Katia durante su ausencia. Apretó los dientes.

A las siete y media en punto apareció el teniente Wahrenfels. Había sustituido su gorro por el casco y llevaba el equipo completo de campaña. Pistola al cinto, municiones en abundancia, prismáticos, cantimplora y bolsa con provisiones. La estrella plateada de cuatro puntas brillaba en sus hombreras^[19]. Los granaderos formaron rápidamente y a una voz del «feldwebel» se pusieron firmes.

—¿Todo en orden? —preguntó el teniente.

—Todo en orden —repuso el «feldwebel», escuetamente.

El teniente lanzó una ojeada de conjunto al grupo. El camión aguardaba allí cerca. Hizo una seña, y la patrulla se dirigió a aquél. El «feldwebel», el cabo y los nueve granaderos subieron uno tras otro, colocando las cargas explosivas en lugar seguro. El teniente tomó asiento en la cabina junto al chófer.

—¡Adelante! —gritó.

El vehículo se puso en marcha con fuerte resonar de su potente motor. Bajo la cubierta de lona, Rudi escrutaba la carretera. A la salida del pueblo, una figura femenina, casi oculta entre los árboles, permanecía inmóvil observando el paso del camión. Rudi le mandó un beso con la mano, y ella contestó del mismo modo, murmurando:

—¡Adiós, Rudi...! ¡Hasta la vista!

El camión aceleró su marcha. La figura se fue empequeñeciendo hasta desaparecer entre las sombras. Rudi encendió un cigarrillo,

estiré las piernas y se acomodó del mejor modo posible para el breve viaje.

CAPÍTULO XIII

El paso de las líneas enemigas se efectuó en medio de una oscuridad casi absoluta y sin dificultades. Los doce hombres se deslizaron como sombras fantasmales por encima de los sacos terreros, uno tras otro, sin producir rumor, con la vista fija al frente. El teniente marchaba en cabeza y cubría la retaguardia, el «feldwebel» con la pistola ametralladora amartillada. Los demás habían colocado sus cargadores en posición, en el momento de abandonar las trincheras propias y llevaban una bomba de mano con el cordón libre para poder utilizarla con la máxima rapidez, en un momento dado.

A nadie se le ocultaba que el riesgo de la operación era tremendo y la responsabilidad muy grande. Sin embargo, estaban ya acostumbrados a aquella tarea y actuaban con una serenidad extraordinaria, sin perder los nervios ni preocuparse innecesariamente.

Las trincheras rusas de primera línea fueron quedando atrás. Las precauciones redoblaron. Había que salvar algunas trincheras secundarias y en cualquier momento corrían el peligro de tropezarse con una patrulla o dar de improviso contra el puesto de mando de alguna compañía, un depósito de suministros o un almacén de intendencia, cuyos centinelas avizoraban la noche, atentos a todos los rumores.

El teniente Wahrenfels llevaba en la cartera transparente que pendía de su cintura, un plano detalladísimo del sector, en el que con lápiz rojo se habían marcado los posibles lugares donde la vigilancia era especial, según datos facilitados por los prisioneros capturados unos días antes. Era preciso dar largos rodeos y no perder nunca el sentido de la orientación. De vez en cuando, y a un

gesto suyo, todos se detenían y, entonces, extrayendo del bolsillo superior de su guerrera la pequeña brújula luminosa de precisión, procedía a consultarla atentamente.

Tanto él como el «feldwebel» y el cabo, llevaban pendiente del correaje una linterna de forma cuadrada, con un dispositivo mediante el cual se cambiaba fácilmente el color de la luz, y que en determinadas circunstancias podía prestar inapreciables servicios.

Prosiguieron su marcha arrastrándose. Sonaban algunos rumores. A lo lejos se distinguía el opaco resplandor de algunos faros de vehículos que circulaban por las carreteras cercanas al frente. La ciudad de San Petersburgo quedaba a su izquierda. Enfrente tenían Kolpino, con sus fábricas desmanteladas por los bombardeos, y más lejos, hacia la derecha, Tosna, núcleo importante, sobre la carretera San Petersburgo-Novgorod.

Bert, Alf y Rudi avanzaban uno detrás del otro, con los sentidos aguzados y el dedo en el gatillo de su arma. Algunos cohetes se elevaban en el aire, iluminando brevemente los alrededores. Los granaderos permanecían inmóviles, esperando que se apagara el fulgor y luego proseguían su lenta y fatigosa marcha. Sobre el horizonte unas ametralladoras antiaéreas lanzaban hacia el cielo sus regueros de balas trazadoras. La artillería disparaba sobre la retaguardia rusa, en busca de las baterías recién instaladas, qué no daban señales de vida. Percibíase sobre las nubes el rumor de aparatos que volaban muy altos.

De repente, el teniente se detuvo, permaneciendo completamente inmóvil, pegado al terreno. Los demás le imitaron.

—¿Qué ocurrirá? —murmuró Bert.

—Ahora mismo lo sabremos —repuso Alf—. Cuando el teniente se detiene es porque ha visto algo importante.

Un grupo de tres rusos avanzaba en las tinieblas. Sus botas producían sordo rumor sobre el endurecido suelo.

—Quietos —susurró el teniente.

Los rusos estaban ya muy cerca. Avanzaban por un sendero que discurría a pocos metros del lugar en el que se encontraban los hombres de la patrulla. Uno de ellos se detuvo de improviso y escuchó. Sin duda alguna, había percibido algo sospechoso. Rudi se encontraba a muy poca distancia de él. A su derecha se elevaba una especie de cobertizo. Se fue irguiendo lentamente hasta quedar de

pie, disimulado contra una de las paredes. Sus camaradas lo miraron estupefactos. ¿Qué iría a hacer aquel loco? Todos se llevaron la mano derecha a la empuñadura del machete. No cabía duda de que el ruso había notado la presencia de seres humanos junto al cobertizo. Los momentos eran de una tensión insostenible. Lanzarse sobre el ruso y sus dos compañeros equivalía a provocar una lucha capaz de descubrirles en pocos segundos con sólo que algún otro soldado se encontrara por los alrededores. Sin embargo, no había opción. De pronto y ante el sobresalto de la patrulla entera, Rudi dijo en voz alta, con entonación perfectamente natural:

—Pojalui poidiate doid^[20].

El ruso se detuvo. Respiró sonoramente.

—Vozmiome zontik —repuso riendo—. Dobrai notchi^[21].

Y se alejó con sus dos compañeros. El teniente dejó escapar un profundo suspiro de alivio, que los demás imitaron. Cuando se hallaban lejos del peligroso lugar, se retrasó unos metros para estrechar la mano a Rudi.

—Buena faena, muchacho —le dijo escuetamente, volviendo a colocarse a la cabeza de la columna.

Habían llegado a una carretera en muy mal estado, que se perdía en la distancia, tragada por las tinieblas. A lo lejos brillaban algunas luces procedentes de unos barracones. El teniente ordenó proseguir por la orilla, apartados de la cuneta unos diez metros. Aquella carretera desembocaba en la general, que se dirigía hacia el norte, en dirección a la vía férrea.

—Vamos por buen camino —dijo al cabo—. Si no tenemos ningún tropiezo, mañana alcanzaremos nuestro objetivo.

—Hemos de cruzar un puente sobre el Neva, mi teniente. Será uno de los momentos más peligrosos, porque no cabe duda de que los rusos tendrán colocados centinelas a la entrada y la salida del mismo.

—Ya veremos cómo lo solucionamos. Lo mejor es actuar siempre según las circunstancias aconsejen. De nada sirven los planes concebidos de antemano.

La patrulla caminaba con algo más de desahogo. El terreno llano facilitaba la marcha y todo consistía en mantener los ojos bien abiertos para no dejarse sorprender por un vehículo o patrulla que se aproximara por la carretera. El «feldwebel» se volvía

constantemente cumpliendo con su misión de proteger la retaguardia.

Los rumores del frente iban quedando atrás y una gran calma envolvía la atmósfera. Sin embargo, tras aquella aparente sensación de alivio se agazapaba el peligro siempre constante de ser descubiertos por algún centinela imprevisto. Ante sus ojos apareció un grupito de «isbas», situadas a ambos lados de la carretera. El teniente consultó su plano.

—Loditzi —murmuró.

Dieron un rodeo para evitar las casas. En una de ellas, un grupo de rusos cantaba a voz en grito. Frente a la puerta se veían varios camiones. Cuando los granaderos se encontraban ya a algunos metros de distancia, uno de los camiones se puso en marcha. Los faros se encendieron de improviso y un rayo de amarillenta luz cruzó ante el teniente, el cual tuvo el tiempo justo para agacharse antes de ser descubierto. Una voz increpó duramente al imprudente chofer, el cual se apresuró a apagar los faros y sustituirlos por los de seguridad, que sólo iluminaban el suelo a unos metros de distancia ante el motor.

—La tontería de ese individuo ha estado a punto de costarnos cara —murmuró el teniente Wahrenfels.

—Pero me ha dado una idea —añadió Rudi, aproximándose—. ¿Por qué no les birlamos uno de esos camiones y de ese modo proseguiremos algo más descansados?

El teniente reflexionó profundamente un momento.

—¡Magnífico! —exclamó por fin—. Pero antes que vaya uno a inspeccionar lo que ocurre en la casa.

Uno de los granaderos se aproximó con precauciones. A los cinco minutos estaba de vuelta.

—La mayoría están borrachos y varios duermen por el suelo —manifestó.

El grupo aproximóse a los vehículos, y mientras dos granaderos apuntaban con sus «metralletas» a la puerta, los demás fueron subiendo a uno de ellos. Bert empuñó el volante.

—¿Listos? —los apostados ante la casa subieron los últimos.

El camión se puso en marcha con una sacudida. Dentro de la «isba» el alboroto proseguía.

—Será mejor alcanzar al camión que va delante. Por donde

pasen ellos pasaremos nosotros —dijo el teniente.

Bert pisó el acelerador. Al poco rato, una luz roja aparecía ante su vista.

—Mantente pegado a él —indicó Wahrenfels. Y el vehículo siguió las huellas de su predecesor, cuyo conductor no parecía aún libre de los vapores del alcohol ingerido poco antes.

CAPÍTULO XIV

—Falta muy poco para el amanecer —dijo el teniente—. Si llegáramos al puente con tiempo suficiente, quizá lo atravesaríamos con el camión mejor que a pie.

—Esos de ahí —contestó Bert, señalando con la barbilla hacia adelante— están convencidos de que somos compañeros suyos que hemos decidido a última hora abandonar la «isba» y proseguir la marcha.

—Confiemos en nuestra buena estrella —dijo el teniente.

El caudaloso Neva, río que atraviesa la ciudad de San Petersburgo de parte a parte, yendo a desembocar en el Golfo de Finlandia, no se encontraba ya muy lejos. El cruzarlo constituía la primera etapa de la operación. Al otro lado sería más fácil operar, a causa de existir menos precauciones militares por la considerable lejanía del frente de combate.

La marcha prosiguió durante una hora. Se notaba en el aire el frescor de la caudalosa corriente de agua.

—¡El puente! —exclamó de improviso Bert, señalando a una sombra confusa que se elevaba frente a ellos.

El jefe de la patrulla levantó la cortinilla trasera y advirtió a los muchachos:

—Todo el mundo tranquilo y en silencio, como si durmierais. Rudi, pasa a la cabina.

El vehículo aminoró un instante la marcha y Rudi tomó asiento en la parte de la ventanilla derecha. Prosiguieron pegados al camión delantero. A la entrada del puente una voz exclamó:

—¡Stoi!^[22].

El primer vehículo aminoró la marcha y su conductor sacó la cabeza por la ventanilla.

—Volvemos de transportar municiones al frente —dijo al centinela—. Algunos camiones se han quedado a hacer noche en Loditzi.

Rudi, que se había despojado del casco, bajó el cristal de la ventanilla y añadió:

—¡Vamos! ¡Date prisa, que tenemos ganas de llegar a casa!

—Bien. Adelante —dijo el ruso.

Y los dos camiones pasaron ante él, lentamente. Rudi aún tuvo un segundo para decir al centinela al tiempo que volvía a subir el cristal:

—Dobroi notchi, tovarich^[23].

El teniente sonrió, al tiempo que murmuraba:

—La cosa marcha. Ahora viene una región muy llana y despoblada. Proseguiremos en el vehículo hasta que se aproxime el día, y entonces lo abandonaremos en algún lugar que no despierte sospechas.

—¡Qué lástima! —exclamó Rudi El amanecer estaba próximo. Al llegar a un recodo de la carretera, percibieron una aldea.

—Si el de delante sigue, nosotros nos quedaremos a la salida. De este modo creerán que nos hemos detenido a descansar un poco.

Así lo hicieron, dejando el vehículo apartado entre dos casas. Salieron con el mayor sigilo y se perdieron entre las sombras aún muy densas de la noche.

La vía férrea se encontraba ya cerca. En cuanto la claridad de la mañana hizo imposible el caminar en descubierto, buscaron un refugio en el que procurarse un merecido descanso. Muy cerca percibieron unas casuchas abandonadas, ante las cuales se veían grandes montones de paja ennegrecida. Dirigiéronse a ellas y se disimularon del mejor modo, posible por entre la paja y los míseros muros. El teniente llamó a su «feldwebel».

—Distribuya las guardias, y que todo el mundo duerma.

Se agruparon ocupando el menor lugar posible y el primer proveedor quedó de centinela, observando los alrededores con cautela. Se relevarían cada hora. Los demás procuraron acomodarse entre la paja. Extrajeron sus provisiones y comieron un bocado. Luego cada uno se tumbó en la postura más cómoda.

A mediodía un fuerte ruido los despertó. El teniente se irguió ligeramente alarmado. Todo el mundo tenía la vista fija en la

carretera. A unos cinco kilómetros una caravana de camiones acababa de detenerse y sus ocupantes se desperdigaban rápidamente por el campo. Una escuadrilla de «Messerchmidts» atacaba a los camiones con sus ametralladoras.

—¡Qué nadie se mueva de su sitio! —ordenó el teniente, entre el fragor producido por el tableteo de las máquinas y el zumbar de los motores.

Los aviones dieron varias pasadas, raudos como centellas, vomitando fuego y abatiendo todo a su paso. Los ocupantes de los camiones huían despavoridos. Algunos de ellos se refugiaron en unos hoyos situados a escasa distancia del lugar ocupado por los granaderos. Éstos contemplaban entusiasmados el trabajo de los suyos, aunque sin perder de vista a los rusos, a los que apuntaban con sus armas.

—Mientras no se les ocurra ametrallar las casas creyendo que hay tropas en ellas —indicó Bert.

—Buen negocio haríamos —declaró Alf, con la vista fija en el aire.

Los aviones se alejaron por fin, perdiéndose en el horizonte.

—Por poco nos liquidan esos torpes —dijo el cabo, observando los regueros producidos por las balas a muy poca distancia de su refugio.

Los camiones rusos se pusieron en marcha otra vez. Dos de ellos quedaron abandonados sobre la carretera y buen número de heridos fueron recogidos y transportados a uno de los vehículos.

—Parece que han tenido puntería —comentó el teniente.

—Todo lo que usted quiera. Pero ¿se imagina el resultado de una buena carga de dinamita colocada en medio mismo de la formación? —preguntó Rudi, poco dispuesto a admitir la efectividad de aquel procedimiento.

A partir de aquel instante, nadie durmió más. Se comió someramente y el teniente Wahrenfels procedió a dar algunas instrucciones, ya que la colocación de la primera carga tendría lugar aquella misma noche.

Partieron al hacerse la oscuridad. La vía férrea se encontraba apenas a dos kilómetros. Se aproximaron arrastrándose por el duro terreno. El talud se elevaba sombrío y amenazador. Los trenes circulaban muy espaciados. El cabo montó su fusil ametrallador y

los dos sirvientes colocáronse a ambos lados, con las cajas dispuestas. Dos granaderos avanzaron con las cargas explosivas provistas de espoleta retardada. Se había calculado su funcionamiento para dos horas después, dando tiempo a que fueran colocadas las demás. Las tres explotarían aproximadamente al mismo tiempo, destruyendo varios kilómetros de vía, de manera tan completa que su reparación sería casi imposible en el breve espacio de tiempo que quedaba para la iniciación del invierno.

Las cargas quedaron perfectamente ocultas con piedras y tierra. La patrulla siguió la vía, caminando a ambos lados, alerta y con la vista aguzada. Colocóse la segunda carga. La vía describía una curva en aquel lugar. Iban a colocar la tercera cuando el teniente detuvo a sus muchachos. Un puente de hierro se distinguía a lo lejos. El teniente lo contempló con ojos que despedían chispas.

—¡Alto! —ordenó—. La tercera y cuarta cargas las reservaremos para algo mejor. ¿Veis el puente? Si lo hundimos, las posibilidades de circulación por esta vía quedarán eliminadas por completo en varios meses.

—Pero es preciso darse prisa, mi teniente. Las otras dos cargas están ya funcionando —indicó el «feldwebel-bel»—. No podemos perder ni un segundo, y lo más probable es que existan centinelas a la entrada y la salida.

—¿Y para qué estamos aquí nosotros? —dijo Rudi, señalándose a sí mismo y a sus dos compañeros.

—Adelante, muchachos —mandó el teniente.

Rudi, Alf y Bert se deslizaron como reptiles, empuñando sus machetes. El primer centinela se distinguía perfectamente, envuelto en su capote. Los tres granaderos fueron descendiendo la pendiente hasta casi tocar la orilla del agua. La mole de acero se elevaba por encima de sus cabezas con su enrevesado armazón. Ascendieron junto a las vigas metálicas. El rumor del agua eliminaba el de sus pasos. El primer centinela cayó de un certero machetazo. El segundo tuvo un momento de alarma, Pero antes de que pudiera proferir un grito, una mano se aferró a su garganta y Bert lo abatió con su azada. Regresaron a informar al resto de la patrulla de que el camino estaba expedito.

Cuatro granaderos procedieron a colocar las cargas en los puntos débiles del puente, mientras los demás montaban la guardia. La

tarea se prolongó más de lo calculado a causa de lo difícil que resultaba llevarla a cabo, a causa de la oscuridad reinante. El teniente consultó su reloj. Faltaba ya poco para que la primera y la segunda carga hicieran explosión. Y antes de que ello ocurriera precisaba haber colocado las demás y alejarse lo suficiente para ponerse a salvo. Los muchachos trabajaban febrilmente, asegurando los cartuchos de dinamita con alambre. De pronto, el «feldwebel» se quedó rígido, escuchó con atención y agachándose, aplicó un oído al riel.

—¡Un tren se aproxima! —anunció sin poder contener cierto ligero nerviosismo.

—¡Hay que apresurarse! —ordenó el teniente.

CAPÍTULO XV

Por fin los granaderos fueron regresando uno tras otro. Las cargas estaban colocadas, casi a cero. La hora de la explosión se aproximaba.

—¡A la carrera! —ordenó el jefe de la patrulla.

Echaron a correr pendiente abajo, faltando por encima de las piedras y hundiendo sus botas en el fango, que chapoteaba su alrededor salpicándoles el rostro.

El tren se aproximaba. Corrieron durante más de un kilómetro. Por fin, a una señal del teniente se dejaron caer jadeantes en el suelo. Se protegieron tras una eminencia del terreno y esperaron con los nervios a punto de estallar. Faltaban breves minutos para que explotaran las cargas. El convoy se componía de buen número de vagones.

—¿Y si llevaran municiones, mi teniente? —preguntó Rudi—. ¡Menudos fuegos artificiales!

—En este caso, nuestra tarea sería completa. Pero ¿tendremos esa suerte?

—Dentro de muy poco lo sabremos —dijo el «feldwebel»—. ¡Si por lo menos no fallaran las cargas!

El silencio era completo. La locomotora había pasado ya por el lugar de la primera mina y se hallaba muy próxima a la segunda. Pasó también por encima de ésta. Iba a penetrar en el puente. El humo negro de su chimenea destacaba contra la oscuridad del cielo. De repente una detonación horrible conmovió la atmósfera. Una deslumbradora llamarada lo iluminó todo. Trozos de riel y enormes pedruscos se esparcieron por el aire en medio de una nube de humo negrísimo y cuando empezaban a abatirse contra el suelo, la segunda mina estalló, cogiendo de lleno a los últimos vagones. En el

mismo instante, la locomotora se encabritó como levantada por una mano gigantesca, giró sobre sí misma y desplomóse de costado entre un fragor indescriptible, mientras el puente se hundía, rotos sus soportes por la dinamita, entre un amasijo de vigas retorcidas y cemento, entre crujidos sobrecogedores. Uno de los vagones delanteros voló con sordo estallido, contribuyendo a la destrucción total. La obra podía considerarse perfecta. El teniente y sus muchachos contemplaban el espectáculo con los puños apretados y la mirada fulgurante.

Grandes llamaradas se elevaban del lugar del siniestro. Los vagones ardían despidiendo un acre olor.

—No perdamos el tiempo —dijo el jefe de la patrulla—. Hay que largarse cuanto antes de aquí. ¿Queréis que nos sorprendan contemplando nuestra propia hazaña?

El grupo se movilizó. Había que alejarse a marchas forzadas para evitar ser atrapados por los rusos. Habían empezado a encenderse algunos reflectores y percibíase el rumor distante de vehículos.

—Por ahora creen que ha sido la aviación —dijo Bert—. Pero no tardarán mucho en descubrir la verdad. Cuando así ocurra, más vale que nos encontremos bien lejos de aquí.

Corrieron a campo traviesa sin detenerse ni un instante, poseídos del deseo de poner entre ellos y la catástrofe el mayor espacio de terreno posible.

De repente, el teniente Wahrenfels, que iba en cabeza, se detuvo haciendo frenéticos gestos. Todo el mundo aminoró la marcha. Frente a ellos, bastante lejos, se acercaban patrullas a paso ligero. Los granaderos se agruparon en una pequeña hondonada, mientras los rusos pasaban a ambos lados profiriendo denuestos. Al llegar a la carretera, agacháronse en la cuneta. Venían dos camiones y algunas ambulancias.

—Dentro de unos minutos la noticia se habrá difundido por todo este sector —manifestó el teniente—. La huida será difícil, muchachos. Habrá que hacer acopio de valor y sangre fría. Sigamos la carretera manteniéndonos siempre a distancia de la misma.

—Lo peor será atravesar el río —dijo Rudi—. ¡Como no lo hagamos a nado...!

—Ya nos conviene un buen baño —añadió Alf—, después de lo

que hemos sudado corriendo.

Hacia la derecha, unas baterías rusas del 15,5 habían empezado a disparar. Los fogonazos se sucedían acompasadamente y percibíase el silbar de los proyectiles en su viaje hacia las trincheras alemanas.

—¿Por qué no las volamos también, mi teniente? —preguntó Rudi.

—¡Déjate de bromas y no pierdas de vista el terreno que pisas! —le amonestó aquél.

Avanzaban con paso rápido. El teniente se orientó. El río no se encontraba lejos. Se notaba cierto frescor en el aire.

—Ni pensar siquiera en atravesar el puente —dijo el jefe de la patrulla—. Habrán redoblado la vigilancia.

—¡Con lo bien que lo pasamos a la ida! —exclamó Alf.

—¡Cómo agradecerían mis pies el encuentro de un buen camión! —murmuró un granadero.

—Ya descansaremos en el otro lado.

La pendiente se iniciaba. Al poco rato percibieron el brillo del agua. La mole del puente se elevaba a escasa distancia. Un grupo de soldados guardaban la entrada. Se discutió la posibilidad de eliminarlos mediante una buena ráfaga del fusil ametrallador y pasar arrollándolo todo, pero el teniente fue de opinión de seguir manteniendo la prudencia. Lo mejor era explorar las orillas. Quizá hubiese medio de atravesar el río sin que los rusos se dieran cuenta. En este caso, mantendrían una activa vigilancia, creyéndolos en el lado contrario y su retirada resultaría más fácil.

Se ocultaron entre las hierbas. El «feldwebel» destacó a tres granaderos para inspeccionar los alrededores. Los muchachos se alejaron en silencio. Poco después volvían a marcha acelerada.

—Hay un bote a muy poca distancia de aquí —informaron.

—¿Cabemos todos? —preguntó el teniente.

—Lo dudo. Y más llevando el armamento y las dos cajas de munición —fue la respuesta del granadero.

—En este caso pasaremos en dos etapas.

El teniente, el cabo y cinco soldados subieron a la débil embarcación, que se zarandeo peligrosamente y estuvo a punto de zozobrar. Alf, Bert, Rudi, dos granaderos más y el «feldwebel» esperaron su turno en la orilla. Los minutos transcurrieron

lentamente, mientras el bote se alejaba impulsado por los remos. Tardó más de media hora en volver. Los seis granaderos se encaramaron con grandes precauciones a la ligera embarcación, sobrecargada en demasía. Apenas habían empezado a remar cuando sonaron gritos en la orilla.

—¡Hay que apresurarse! —dijo Rudi—. Me parece que hemos sido descubiertos.

Los remos se hundieron en el agua apresuradamente y el bote avanzó con mayor rapidez.

—Más vale que nos dejemos llevar un poco por la corriente para despistarles —aconsejó Alf.

La barca avanzó describiendo una pronunciada diagonal. En la orilla brillaron fogonazos y las balas empezaron a silbar.

—Si llegamos a mantenemos en la misma dirección estaríamos ya liquidados —dijo un granadero, observando los pequeños surtidores que levantaban los proyectiles.

Remaron con renovado vigor. La orilla se encontraba ya cercana. Atracaron aguas abajo de donde lo hiciera la primera mitad de la patrulla. El teniente estaba francamente preocupado. Por fin, uno de los muchachos anunció:

—¡Ahí vienen!

Los dos grupos se reunieron.

—La cosa se pone fea, mi teniente —dijo Rudi, secándose la frente con el pañuelo—. Esas balas no presagian nada bueno.

—La perspectiva ha empeorado, en efecto —convino el teniente —, pero no es desesperada. Lo peor es que se acerca el día. Habremos de avanzar a campo traviesa sin preocuparnos de la claridad. Por si acaso nos quitaremos el casco y lo llevaremos colgando del cinto.

Prosiguieron caminando, en apretado grupo. La claridad se hacía mayor a cada instante. El teniente no quiso detenerse a descansar hasta que la distancia entre ellos y el río aumentara todo lo posible. Por fin, al mediodía dio la señal de alto. A poca distancia, se observaban unas «isbas». El teniente las observó con sus gemelos de campaña:

—Están ocupadas por soldados —dijo—. Habrá que dar un rodeo.

—¿Más rodeos? —quejóse Rudi.

—¡Cuidado! ¡Cuerpo a tierra! —ordenó el «feldwebel».

Un escuadrón de jinetes cruzaba la llanura al galope. Percibíanse sus gorros de piel y los fusiles que llevaban en bandolera.

—Si han lanzado patrullas por toda la comarca, veo algo difícil el salir de esta trampa —dijo Bert.

—No hay nada difícil para la patrulla Wahrenfels —afirmó Rudi—. Grábate esto en la memoria: Hemos de volver, ¿lo oyes...? Y volveremos.

CAPÍTULO XVI

Dieron un largo rodeo para evitar las «isbas» y éstas quedaron atrás al cabo de un buen rato de marcha. Se adentraban en terreno pantanoso. Altas hierbas crecían por doquier y el aire era malsano y pestilente.

—Buen sitio para una emboscada —dijo un granadero.

—¿De ellos a nosotros... o al revés? —preguntó Rudi.

—No creo que tengamos tiempo para prepararla —intervino el teniente—. Abrid bien los ojos y nada de distracciones. Este terreno no me gusta nada.

Seguían un sendero apenas perceptible. A derecha e izquierda, la tierra blanda se hundía bajo sus pies. De pronto, el teniente, que marchaba en cabeza, se detuvo, haciendo un gesto con la mano. El «feldwebel» se aproximó. Frente a ellos, una patrulla estaba acampada, descansando. Serían unos veinte hombres, de aspecto aguerrido y feroz, cubierta la cabeza con un alto gorro de piel.

—Cosacos —dijo el «feldwebel» en voz baja.

—No podemos variar de camino ni dar un rodeo —declaró el teniente, tras unos instantes de reflexión—. Por otra parte, retroceder es imposible. ¿Estáis decididos?

Los granaderos asintieron con la cabeza. Rudi acariciaba su machete. Alf y Bert empuñaron dos bombas de mano. Los demás, enfilaban al grupo con sus «metralletas».

—¿Con ruido o sin él? —preguntó Rudi.

El «feldwebel» señaló en aquel momento hacia adelante. En la carretera cercana se veía un camión parado.

—¡A por ellos y a por el camión! —fue la orden concisa del teniente Wahrenfels—. Todo depende de caer sobre el grupo por sorpresa.

A una señal de su jefe, los granaderos se lanzaron al ataque como un solo hombre, disparando sus «metralletas». Dos rusos cayeron. Los demás lograron rehacerse y formando un apretado núcleo pasaron a una desesperada defensiva. Los granaderos empuñaron sus machetes. No había más remedio que vencer o morir. La lucha se inició enconadamente por ambos bandos, entre denuestos y exclamaciones de furor. Rudi rugía apretando el cuello de su contrincante hasta dolerle los nudillos. El ruso trató de hacerle una zancadilla, pero la evitó ágilmente y poniendo en tensión los poderosos músculos de sus brazos, lo abatió contra el suelo. Su machete se alzó en el aire dos veces, teñido de sangre. Los demás granaderos luchaban como leones.

—¡No dejéis que se escape ninguno! —gritó el teniente, en medio del caos reinante. Golpes y machetazos resonaban con trágico rumor. Uno de los rusos había cogido su fusil. Bert precipitóse en tromba contra él y arrebatándoselo le propinó un tremendo golpe en la cabeza. El cosaco profirió un leve gemido al tiempo que se desplomaba. Tableteó una breve ráfaga. Alf acababa de eliminar a tres contrarios que se le habían puesto a tiro. El «feldwebel» disparaba metódicamente su pistola, sin errar un solo proyectil, como si se encontrara en un concurso.

Sólo cuatro rusos oponían resistencia, pero ésta duró poco. Veinte cadáveres sembraban el suelo. De los granaderos algunos estaban heridos, aunque por fortuna, levemente. No había un minuto que perder.

—¡Al camión! —ordenó el teniente.

Bert lanzóse al volante, Rudi saltó a su lado apuntando su «metralleta» por la ventanilla. El teniente hizo lo propio, con su pistola amartillada. Los granaderos se habían precipitado a la parte trasera. El cabo Schäfer emplazó su fusil ametrallador sobre la cabina y colocó una cinta.

El camión se puso en marcha y a los pocos segundos había adquirido una velocidad vertiginosa. Pasaron ante un grupo de casas. Mirando hacia atrás, Alf pudo ver cómo algunas personas salían a las puertas, contemplando asombradas a aquel desenfrenado vehículo. La salvación de la patrulla dependía de que el motor no fallase ni se agotase el carburante.

Tras una revuelta de la carretera, que Bert tomó temerariamente

levantando una nube de polvo y haciendo chirriar las ruedas, apareció de pronto un numeroso grupo de soldados, quizá una compañía, que la bloqueaba por completo, Bert apretó el acelerador. Un oficial dio unas cuantas órdenes apresuradas. El cabo oprimió el gatillo. Traqueteó la máquina desde su precario emplazamiento y una rociada de balas sembró la muerte y el pánico en las filas de los rusos, abriendo un boquete por el que el vehículo pasó como una exhalación. Dos fusiles ametralladores contestaron, pero las balas no causaron daño alguno.

—¡Esto marcha de primera! —gritó Rudi, entusiasmado.

El teniente miraba frente a sí, ceñudo. No se le ocultaba que los peligros se iban haciendo casi insuperables. La noticia de que una patrulla alemana de exploración acababa de volar el puente y la vía férrea habría circulado ya como reguero de pólvora. Todos los puestos estarían avisados y el cruce de las líneas rusas acabaría por convertirse en una empresa de titanes.

Las primeras casas de un pueblo aparecieron de repente. El teniente estudió el plano.

—Loditzi —dijo—. ¿No os acordáis?

—¡Ya lo creo! —exclamó Bert—. ¿Nos detenemos a echar un trago?

—Será preciso abandonar este camión en cuanto nos encontremos a cinco o seis kilómetros del pueblo —anunció el teniente.

—¡Una lástima! —lamentóse Rudi—. ¡Con lo que me ha gustado esta carrera!

Pasadas las últimas casas, Bert fue disminuyendo poco a poco la velocidad. El depósito de la gasolina estaba ya casi vacío. Una nube de humo salía del radiador. Metió el camión entre unos matorrales y los granaderos saltaron al suelo.

—¡Uf! —jadeó Alf—. Prefiero habérmelas con los rusos que con este endiablado Bert.

Todo el mundo aprovechó el breve respiro para echar un trago de su cantimplora. La sed les quemaba la garganta a causa del polvo tragado durante la frenética huida.

—De ahora en adelante proseguiremos con las máximas precauciones —dijo el teniente—. Las líneas se encuentran cerca, y en ellas habrá establecido el enemigo la máxima vigilancia. Nos

ocultaremos hasta que sea de noche, y emprenderemos la última etapa de nuestra misión.

Se ocultaban entre unas resquebrajaduras del terreno y mientras dos granaderos vigilaban, los demás, trataron de descabezar un breve sueño. A la caída de la tarde, el teniente procedió a una inspección del armamento y los pertrechos. Les quedaban todavía bastantes municiones, los cohetes estaban intactos, y llevaban aún su dotación de bombas. Los granaderos heridos habían sido vendados con sus apósitos de campaña y podían resistir hasta el final. El teniente recomendó hacer acopio de fuerzas para el esfuerzo decisivo, no dejarse llevar por los nervios y mantener en todo momento la máxima serenidad y precaución.

Cenaron los restos de sus provisiones y vertieron en sus cantimploras el «vodka» sobrante, con el fin de desembarazarse de las botellas.

A las ocho, el teniente Wahrenfels dio la orden de marcha. Los fatigados granaderos procuraron que las fuerzas no les flaqueasen. De ello dependía el éxito final de su misión. Era preciso mantener las energías hasta el momento en que cruzaran otra vez las líneas propias. El avance se inició sin precipitaciones. A lo lejos, se percibía el fulgor de los cohetes y el sordo rumor del tiroteo llegaba a sus oídos. El teniente marchaba delante con su brújula en la mano, sereno e impassible.

Estaban en el peligrosísimo sector de retaguardia, cercano a las primeras líneas, en el que se establecen los servicios y donde a cada instante se puede tropezar con centinelas o patrullas.

El teniente se detuvo. Los demás se le reunieron. Señaló con la mano hacia adelante. —Ésa es la dirección— murmuró—. La vista al frente... y cueste lo que cueste, hay que pasar.

CAPÍTULO XVII

Rudi se acercó al teniente con un bulto en la mano. Era un capote ruso que había encontrado abandonado junto a una barraca.

—Quizá pueda servirnos —susurró.

Los centinelas eran cada vez más numerosos. Se percibían sus siluetas en algunos lugares y por doquier sonaban voces pidiendo la contraseña.

La patrulla se detuvo al abrigo de unas casas, y Rudi aguzó el oído procurando distinguir la preciosa palabra que en un momento dado, podía significar el que se abriera ante ellos la puerta de la anhelada libertad. Dos soldados pasaron a muy poca distancia. Uno de ellos iba hablando. Rudi prestó atención.

—¿Cómo es —...? ¡Ah sí! Bostok Zapade^[24]. Me había olvidado.

—Bien. Ya lo pesqué —murmuró Rudi, una vez hubieron pasado.

Las trincheras estaban ya próximas. El tiroteo sonaba cercano y percibíanse los cohetes que se elevaban desde el otro lado.

Siguieron una zanja de evacuación, con las «metralletas» dispuestas. Iban en fila india, algo espaciados. La zanja era muy poco honda y en un momento dado podían saltar fuera para ponerse a salvo. Dos centinelas destacaban su silueta a escasa distancia. Poco más allá, se hallaba la trinchera principal y tras ella, la tierra de nadie.

—Si acabamos con éstos podemos dar la partida por ganada —murmuró el teniente.

Rudi se puso el capote. Avanzó con paso decidido en dirección a uno de ellos.

—¡Alto! ¿Quién va? ¡La contraseña!

—Bostok Zapade —contestó Rudi, aproximándose. Una vez ante

el centinela le apuntó a la barriga con su arma al tiempo que añadía —. Dile al otro que se aproxime.

El despavorido ruso obedeció. Su compañero avanzó hacia ellos. Rudi dio un salto atrás y cubriéndolos a los dos con su «metralleta» hizo seña con la mano a sus compañeros. Bert y Alf acudieron con presteza. Se oyeron dos golpes sordos. Los demás granaderos habían empezado a trabajar en la alambrada, abriendo un paso. Una vez practicable, todo el grupo deslizóse al otro lado. El teniente respiró profundamente. Sin embargo, no era prudente confiarse demasiado. Aun se podía tropezar con una patrulla de exploración enemiga o exponerse a las balas de las ametralladoras propias. Avanzaron agachados. El teniente se orientó de nuevo. La posición de la que habían partido se encontraba algo a la derecha. Era mejor no permanecer más tiempo en aquel peligroso terreno.

—Que se adelante uno solo —indicó al «feldwebel». Éste llamó al granadero más cercano, que avanzó con gran cautela. Oyóse una voz algo distante que gritaba:

—¡Alto! ¡La contraseña!

El granadero volvió. La patrulla se puso en movimiento. No había paso en la alambrada y hubieron de deslizarse hasta el más cercano. En el momento de saltar a la trinchera Rudi exclamó:

—¡Esta vez sí que creía que no lo contábamos!

—¡Vaya un pesimista! —le contestó Bert—. Pues yo estaba seguro de regresar. ¿Es que hemos fracasado alguna vez?

—¡Silencio! —ordenó el teniente—. Que aún no estamos en casa.

Contempló con orgullo a su grupo, una misión más quedaba cumplida. Y en esta ocasión, la tarea había sido digna de ellos. Sus compañeros de todo el sector y el Alto Mando podían aguardar tranquilos el trascendental momento en que se iniciara la ofensiva que acabara con las últimas defensas de la ciudad sitiada. El ferrocarril que abastecía de munición y pertrechos a aquélla no volvería a circular. El único ramal que unía a la populosa urbe con el mundo exterior había dejado de existir.

—En marcha, muchachos. Y esta vez sí que nos merecemos un buen descanso.

—Si nos lo dejan disfrutar... —comentó Rudi, con sarcasmo.

El teniente Wahrenfels entrevistóse brevemente con el capitán de la compañía que cubría aquel sector de frente, dándole la

novedad de su regreso. Poco después, y en un camión que se encontraba descargando suministro, partieron hacia el puesto de mando del Batallón. El mayor Braun los recibió con la mayor cordialidad. Una vez el teniente le hubo informado de los resultados obtenidos se levantó, estrechándole la mano con calor.

—Espero —dijo que el Alto Mando divisionario reconozca el mérito de su tarea. Por lo que a mí respecta, les felicito de todo corazón.

Hizo que sirvieran café a los granaderos y puso a su disposición un vehículo en el que se trasladaran hasta el puesto de mando del Batallón, donde el teniente debía informar a su coronel del resultado satisfactorio conseguido en la empresa.

Partieron enseguida. El pueblecito no tardó en aparecer y mientras los granaderos se alojaban en una casa próxima, el teniente dirigióse hacia la «isba» en la que habitaba el coronel Weiss. Al encontrarse ante su superior, se cuadró rígidamente, anunciando con voz serena:

—El objetivo ha sido alcanzado. La vía del tren ha quedado destruida de la manera más completa.

El coronel Weiss le hizo sentar, mandó a su asistente que trajera café y rogó al teniente:

—Cuénteme la operación con toda clase de detalles. A decir verdad, no lo esperaba a usted tan pronto. No debo ocultarle ahora que hemos temido por su seguridad.

El teniente Wahrenfels tardó algún tiempo en dar término a su relato. No se dejó ningún detalle. El coronel, asentía con gestos de cabeza.

—Mi más cordial felicitación —dijo al final—, que hago extensiva a los muchachos que componen su grupo. Esta vez espero que sus méritos les sean recompensados de una manera digna de ustedes: Partirán enseguida hacia Krasnovardeisk. El pueblo de Novo-Litka ha sido evacuado. Descansarán en la ciudad durante el tiempo que el mando estime conveniente y que esta vez puede ser largo. No es fácil que el enemigo nos vuelva a importunar. Nuestra aviación y nuestra artillería darán buena cuenta de esas piezas de grueso calibre. Por otra parte, carentes de munición, su existencia será precaria. Ahora, descansen brevemente hasta que se haga de día.

El teniente Wahrenfels se unió a sus granaderos. En la casa reinaba la más franca alegría, que se incrementó aún más al saberse que iban a la ciudad. Fueron pocos los que durmieron durante las breves horas que faltaban para el amanecer, Rudi pensaba en Katia. ¿La encontraría sana y salva? ¿Habría partido de la ciudad? Estaba dispuesto a buscarla por doquier. Su amor hacia la joven había aumentado durante aquella breve, aunque peligrosísima, separación.

Salieron del pueblo después de haber desayunado. Los campos deslizábanse a ambos lados del vehículo, dorados por el sol matinal. Los granaderos cantaban alborozados. Pasaron varios pueblos y aldeas, cuyos habitantes se dirigían a sus tareas habituales. Una de las aldeas mostraba las huellas de un reciente ataque de la aviación rusa. Varias «isbas» estaban ardiendo.

—Por lo visto, se animan —dijo alguien.

—No será por mucho tiempo —repuso Alf—. El golpe ha terminado con sus últimas posibilidades de resistencia. Apuesto lo que queráis a que antes del invierno San Petersburgo ha sido tomada.

—¿Y a qué frente nos llevarán después? —preguntó Bert.

—¡Cualquiera lo sabe! —exclamó el cabo—. A lo mejor volvemos hacia el Sur.

—Por mi parte, preferiría quedarme aquí —murmuró Rudi.

—¡Claro! Al lado de tu rubia, ¿verdad? —preguntó Bert, desdeñoso.

—Es que le estoy tomando cariño a todo esto —explicó Rudi, sonriendo.

—¡Valiente majadero! —exclamó Alf—. ¡Tomarle cariño a esto! ¿Habéis oído alguna vez tontería semejante?

Penetraron en los arrabales de Krasnovardeisk. Un centinela detuvo el camión.

—Es la patrulla Wahrenfels que regresa de una operación —le dijo el «feldwebel».

El centinela llamó a otro soldado.

—Tengo orden de conducirles a su alojamiento —dijo este último, y subiendo al camión fue indicando al chofer la dirección a tomar. Por fin, se detuvieron ante una casa de buen aspecto.

—¡Bueno! —exclamó el teniente—. Por fin hemos —llegado.

¡Abajo todos...! Y procuren descansar un poco antes de empezar sus correrías por la ciudad.

CAPÍTULO XVIII

Aquella misma tarde, Rudi, lanzóse a la busca de Katia. Las señas que la joven le había escrito en un papel, poco antes de separarse en Novo-Litka, indicaban una calle situada hacia uno de los barrios extremos. A pesar de su fatiga, Rudi emprendió la marcha.

Atravesó calles y más calles, por las que deambulaba una muchedumbre vestida pobremente, y a la que se mezclaban soldados de todas las armas. Los restaurantes y tabernas estaban llenos. La animación era constante. Preguntó varias veces la dirección a los transeúntes. Pasó ante enormes edificios y atravesó una hondonada cubierta de árboles, que en otros tiempos debió ser un parque.

Se encontraba en el barrio opuesto a aquél de donde había salido. Vio un enorme depósito de material de guerra. Tanques y cañones estaban envueltos en fundas de lona, endurecidas por el frío de la noche. Se detuvo en una esquina. La calle de Katia se encontraba muy cercana. Siguió caminando. A los pocos minutos se encontraba en un cruce sumamente animado. Dos cafés ocupaban las esquinas. Rudi pensó que quizá fuera mejor beber algo y esperar, luego, frente a la casa. Si Katia no salía procedería a preguntar por ella de manera directa.

Tomó asiento a una de las mesas situadas en la acera. Miró hacia el interior. Los parroquianos, en su mayoría soldados, llenaban el local. Varias camareras iban y venían constantemente. De repente el corazón le dio un vuelco.

—¡Katia! —gritó.

La joven estuvo a punto de dejar caer la bandeja que llevaba en la mano. Acercóse a él corriendo. Rudi la cogió por los brazos.

Algunos soldados empezaron a murmurar y a sonreírse.

—¿Qué haces aquí?

—Tuve que aceptar este empleo. La vida en la ciudad es muy difícil —repuso ella jadeante, mirándole a los ojos.

—¡Vámonos enseguida! ¡Tenemos que hablar de muchas cosas!

—Procuraré que el dueño me de permiso para salir. Espérame un poco.

Tardó bastante en salir. La impaciencia consumía a Rudi, el cual estuvo varias veces a punto de entrar y precipitarse contra el imbécil que de aquel modo retenía a la muchacha. Por fin, Katia apareció, desprovista de su delantal. Llevaba un vestido sencillo, pero de buen gusto, que realzaba sus encantos. En su rostro se notaban huellas de fatiga.

—Hube de ponerme a trabajar —le explicó en cuanto se hubieron alejado un poco—. Mis parientes son pobres y no pueden mantenemos a mi padre y a mí. ¡Si supieras cómo me he acordado de ti durante estos días! No volverás a irte, ¿verdad, Rudi?

—Espero que esta vez nos dejen descansar una buena temporada. Aunque también lo pensábamos la última vez... y ya ves las cosas que han ocurrido.

Se dirigieron hacia el parque, por el que habían paseado aquel día, ya tan lejano. Katia oprimía fuertemente el brazo de él. La gente los miraba, curiosa. El alto granadero, con su uniforme estropeado y la hermosa joven rusa, componían una pareja por demás atractiva.

Tomaron asiento en un café, cercano al estanque. Ella lo cogió de la mano, mirándole fijamente.

—Si vuelves a marcharte —le dijo—, creo que me moriré.

Rudi estaba pensativo.

—Haré lo posible para permanecer a tu lado, Katia. Comprendo que una transformación se está operando en mí. No soy el mismo de antes. Durante el combate tengo tu imagen presente en mi cerebro y deseo ardientemente volver sano y salvo.

Se levantaron y prosiguieron caminando lentamente. Al llegar a la orilla del agua, ella se inclinó a mirarse.

—¿Te acuerdas?

Rudi asintió, Se besaron apasionadamente, oprimiéndose el uno contra el otro.

—No te vayas —repitió Katia, sollozando—. ¿No podrías encontrar algún destino que te obligara a permanecer aquí? ¡Siempre de un lado a otro, expuesto a toda clase de peligros! Ya es hora de que descanses un poco... No vuelvas a salir, te lo ruego.

Los sollozos conmovían su cuerpo. Rudi la atrajo contra sí, y los dos permanecieron largo rato en aquella actitud, indiferentes al paso del tiempo.

—Es hora de regresar —dijo Katia, al cabo de un rato—. Me había olvidado de que tengo trabajo. Y que por las noches, éste arrecia. El dueño del café me ha dejado salir con la condición de que volviera cuanto antes. Le dije que se trataba de algo de la máxima importancia, y ha accedido a regañadientes. Pero no puedo perder ese empleo.

Rudi apretó las mandíbulas. Se imaginaba a Katia trabajando en el café durante horas y horas, escuchando los requiebros de los soldados y soportando el malhumor del dueño. Era preciso poner fin a aquella situación.

Se dieron otro largo beso y echaron a andar. Se despidieron en una esquina próxima al café. Rudi dirigióse hacia su alojamiento. De pronto, oyó que le llamaban. Dos granaderos de su grupo estaban sentados a la mesa de un restaurante.

—¡Eh, Rudi! Yen a tomar algo. Te invitamos... Y mira quién está ahí dentro.

Rudi se acercó. Alf y Bert ocupaban otra mesa en el interior.

—¡Qué mala cara traes! —exclamó Bert—. ¿Es que te ha sentado mal la cerveza?

—¡Claro! —añadió Alf—. Llevaba tanto tiempo sin beberla que ha abusado de ella y el pobre...

—¡Callaos, diantre! —refunfuñó Rudi, sentándose.

Los otros dos granaderos se acercaron.

—Podemos estar juntos, ¿no os parece? Ahí fuera empieza a hacer frío.

La conversación se generalizó. Uno de los granaderos empezó a explicar su entrevista con una muchacha de los servicios auxiliares, que se hallaba en una oficina de Estado Mayor y a la que conocía de antiguo.

—Es una muchacha preciosa —detalló—. Con un pelo rubio ondulado y... —hizo expresivo gesto con ambas manos—. Aquí

viven muy bien. Disfrutan de muchas ventajas y, por lo menos, se permiten el lujo de ir limpios... Aunque para esto no vale la pena estar en la guerra, ¿no os parece? Lo nuestro es mucho más divertido.

—¿Y qué hace esa joven? —quiso saber Bert.

—Está encargada de los suministros a las cantinas distribuidas por la ciudad y de la dirección del personal de las mismas. Por cierto, me ha explicado que en el Estado Mayor sufren cierta carencia de elementos especializados. El frente absorbe cada día a más gente y en las oficinas se nota la falta de algunos elementos imprescindibles. El intérprete de ruso ha sido trasladado a otro lugar, y el general busca a uno que lo sustituya, sin que pueda dar con él. Son muchos los que se presentan, pero ninguno habla el idioma del país con la perfección requerida para el puesto.

Rudi había aguzado los oídos.

—Aquí tenemos a nuestro amigo Rudi —dijo Bert—, que lo domina a las mil maravillas y, que en cambio, se pasa la vida pegando tiros por terreno enemigo. ¡Qué contrastes tiene la vida!

—¡Lo que darían por echarle mano! —añadió Alf—. Pero ¿qué sería de la patrulla sin su ayuda?

Rudi estaba abstraído contemplando su vaso.

—¡Eh, Rudi! ¿Te has dormido? —dijo Bert, empujándole por un brazo—. ¿Qué tal sigue tu rubia...? Porque supongo que ya la habrás visto.

—Muy bien —repuso brevemente el granadero, levantándose y disponiéndose a salir—. ¿Viene alguien conmigo?

Alf y Bert se levantaron.

—Vamos —dijo el primero, bostezando—. Tengo un sueño tremendo. ¡Qué bien voy a dormir!

Los tres se alejaron por la calle adelante, haciendo resonar el suelo con sus botas herradas. Rudi, apenas pudo dormir aquella noche, Mil ideas distintas se entrecruzaban en su cerebro. Oía con claridad las palabras del granadero: «El intérprete de ruso ha sido trasladado a otro lugar y el general busca a uno que lo sustituya...». ¿Qué pensarían sus compañeros de él, si supieran que estaba proyectando abandonarles? ¿Lo tomarían por un cobarde...? No. Eso no era posible. Pero la imagen de Katia surgía entonces, sonriente, con sus rubios cabellos y sus ojos azules. «Son muchos los

que se presentan, pero...».

Se durmió hacia la madrugada. Había tomado su decisión.

CAPÍTULO XIX

A la mañana siguiente, Rudi se marchó sin avisar a nadie. Un torbellino de ideas entrecruzadas turbaba su cerebro. Dirigió sus pasos hacia las oficinas del Estado Mayor. Se advertía en las mismas un trajín incesante. Penetró en el vestíbulo. En un tablero de anuncios pudo leer la copia de una hoja distribuida a los jefes de batallón en la que se ordenaba se realizaran investigaciones entre las compañías para averiguar la presencia de soldados que hablaran el ruso a la perfección. Dichos soldados deberían presentarse en aquel Cuartel General para ser sometidos a un examen. Rudi tenía bastante con aquello. Regresó al cuartel. Los muchachos se habían desparramado por la ciudad, y sólo quedaba el encargado de la vigilancia.

—¿Has visto al teniente? —le preguntó.

—Hace unos instantes estaba aún aquí, pero acaba de marcharse.

Rudi deambuló por las concurridas calles, sumido en mil preocupaciones. En su fuero interno hacer aquello con sus camaradas de armas le parecía una canallada. ¿Cómo iba a arreglárselas la patrulla sin su ayuda a partir de entonces? ¿Qué diría el teniente cuando le comunicara su deseo de participar en el examen para quedarse en Krasnovardeisk como un vulgar funcionario oficinesco? ¡Él, que tanto había despreciado siempre a aquella fauna! Estuvo en el parque y pasó muy cerca del restaurante de Katia, aunque sin entrar a visitarla. ¿Para qué, si tampoco podrían salir a pasear los dos juntos? No quedaba más remedio que esperar la noche.

A mediodía regresó al alojamiento. Los granaderos no acudieron a comer. Se habían quedado en los restaurantes dispuestos a

saborear manjares de los que se habían visto privados durante mucho tiempo. El teniente tampoco estaba, Rudi maldijo interiormente su mala suerte. Tenía los nervios a punto de estallar. Se mantuvo por los alrededores. Hacia las cinco de la tarde, vio de pronto al teniente Wahrenfels que cruzaba una calle. Echó a andar tras él, hasta alcanzarlo.

—¡Mi teniente! —llamó.

El oficial se detuvo. Rudi acercóse a él y saludó respetuosamente.

—¿Qué, hay, muchacho? —preguntó Wahrenfels dándole unos golpecitos en el brazo—. ¿Cómo estás solo? ¿Y tus dos amigos? ¿Es que ya no sois los «tres inseparables»?

—Mi teniente —empezó Rudi— quisiera hablar con usted.

—¡Vaya, hombre! ¿A qué viene esa cara tan seria? ¿Es que te ocurre algo grave? Vamos a sentarnos en aquel café.

Tomaron asiento a una mesa, y el teniente pidió dos cervezas.

—Bueno. Explícame. Pareces algo preocupado.

—Lo estoy... La verdad es que no sé cómo empezar... De un tiempo a esta parte, me siento algo distinto. Quizá sea el cansancio. Bueno. En resumen: he visto en las oficinas de Estado Mayor un anuncio en el que piden intérpretes de ruso y pensé que quizá yo...

El teniente le contempló perplejo. Jamás hubiera esperado salida semejante.

—Bien, Rudi —contestó bebiendo lentamente su cerveza—. Tienes la suerte de dominar perfectamente el idioma del país, y estás en tu perfecto derecho al intentar ofrecer tus servicios a un organismo superior en el que quizá sean de más utilidad que en nuestra modesta patrulla. Por mi parte no pienso poner inconveniente alguno. Se trata de una cosa muy personal. No obstante, puedes tener la seguridad de que te echaremos mucho de menos.

El oficial se levantó. Estaba sinceramente consternado.

—Mi teniente. No quisiera que pensara usted...

—Nada, Rudi. Te deseo mucha suerte. Ya me informarás de cómo te ha ido el examen, y en caso de que tu decisión sea irrevocable, habré de buscarte un sustituto... Bueno, adiós.

Rudi saludó. Un fuerte sentimiento de vergüenza lo invadía. Empezó a caminar, y sus pasos lo llevaron inconscientemente hacia

el café de Katia, Era ya bastante tarde y la joven estaría a punto de salir. Dentro del local, los soldados alborotaban y reían. Rudi esperó en la esquina. La joven le hizo una seña a través de los cristales, Diez minutos después salía a la calle. Se cogieron del brazo. Rudi iba silencioso.

—¿Qué te pasa, Rudi? ¿Acaso las cosas no marchan bien?

—Katia —repuso él—. Tú y yo no podemos vivir separados. Si volviera a marcharme, estoy seguro de que fracasaría en mi cometido. Ayer, un granadero de mi grupo me explicó casualmente que en las oficinas del Estado Mayor necesitan un buen intérprete. Yo lo soy —sonrió forzadamente—. Voy a presentarme. ¿Te imaginas si me admiten? Me quedaría en la ciudad, quizá hasta el fin de la guerra. No nos separaríamos más. ¿Qué te parece? ¿No te alegras?

Katia lo contemplaba muy seria. Caminaron en silencio largo rato.

—No, Rudi —dijo ella por fin—. Sería maravilloso, pero no puedes hacerlo. ¿Qué dirán tus compañeros?

—¿Y a mí qué me importa...?

—No —repitió Katia—. A la larga te avergonzarías de haberlos abandonado. Lamentarías tu decisión y tu enojo se volvería contra mí. Tú has nacido para luchar y lucharás hasta el final. Yo te esperaré ¿me oyes? Te esperaré porque estoy segura de que has de regresar. No hagas eso.

—No puedo vivir sin ti, Katia —repuso él—. Estoy seguro de que a la larga flaquearía, y ello es aún peor. Mañana mismo me presentaré a ese examen. Si tengo suerte y me aprueban, me quedaré en la ciudad, podré vestir siempre limpio y dejaré de percibir el silbido de las balas y el estampido de las explosiones. Tengo ganas de un poco de descanso. ¿No crees que me lo merezco?

—Sí, te lo mereces pero no de este modo.

—Lo he pensado muy bien. Ya sabes que soy algo testarudo. Mi decisión es irrevocable. Ahora bien... si es que tú no me quieres...

—¡Oh, Rudi! —exclamó ella oprimiéndose contra su brazo—. No digas eso siquiera...

Su paseo se prolongó hasta muy tarde. Al regresar, los dos caminaban despacio sumidos en un éxtasis. Katia se había dejado convencer, pero en su fuero interno preveía un porvenir cuajado de

amenazas. Sin embargo, todo quedaba eclipsado ante la perspectiva de poder ver a Rudi cada día. Su imagen forjaba bellas imágenes para los días futuros en los que ambos pudieran pasear sin el constante riesgo de una separación.

Al regresar a su cuartel, Rudi se detuvo en la puerta, casi sin atreverse a entrar. ¿Cómo comunicaría la noticia a sus dos camaradas? ¿La cogerían con sarcasmos o se harían cargo de su situación?

Alf y Bert se disponían a acostarse. Rudi vaciló un buen rato. Por fin dijo:

—Tengo que hablaros, muchachos.

—¿Se trata de algo grave? —preguntó Bert—. Tu cara no presagia nada bueno.

—Sí. Se trata de algo grave. He decidido quedarme aquí.

Los dos lo miraron perplejos.

—Ya me parecía a mí —comentó Alf— que el asunto de la rubia no podía terminar bien.

—Llamadme imbécil, llamadme cobarde o lo que queráis, pero yo no puedo vivir sin esa mujer.

—¿Y dónde te quedas...? Pero ¡ya caigo! —exclamó Bert—. En el Cuartel General necesitan un magnífico intérprete... y tú has pensado que tus servicios son imprescindibles en ese lugar. ¡Claro! ¿Quién sabe el ruso como Rudi?

—Comprendo que os burléis de mí. Pero... eso os ocurre porque nunca habéis estado enamorados.

—Bueno, que seas muy feliz con tu Katia —dijo Bert— y que te diviertas mucho en la ciudad... Nosotros nos vamos mañana, por la tarde.

—¿Que, os vais mañana?

—Hace un rato nos lo dijo el teniente. Parece que el frente se moviliza y que serán necesarias todas las fuerzas disponibles. No sabemos si se trata del asalto definitivo a la ciudad, pero como ves, nuestro famoso descanso tampoco ha podido conseguirse esta vez. Es decir... para ti, sí.

Rudi quedó pensativo. Tendióse en su colchoneta y trató de dormir, aunque sin conseguirlo hasta una hora muy avanzada. Bert y Alf roncaban tranquilamente sumidos en un profundo sueño.

CAPÍTULO XX

El examen de Rudi constituyó un completo éxito. Un coronel especialista, perteneciente a la Sección de Información le hizo sentar a una mesa, cubierta de papeles. Rudi leyó unos textos, que seguidamente procedió a traducir. Luego a la inversa. Por fin el coronel se levantó y dijo con aire satisfecho:

—Hasta la fecha es usted el primero que se presenta aquí con unos conocimientos exactos del idioma. Sólo falta por realizar la prueba de pronunciación. Si ésta es perfecta, la plaza es para usted.

Mandó llamar a un ruso empleado en las oficinas.

—Pueden ustedes charlar un rato —les indicó.

El ruso y Rudi se enzarzaron en una breve y rápida conversación. El ruso asentía con aire sorprendido.

—Monoga jarosi. Monoga jarosi^[25] —dijo por fin dirigiéndose al teniente. Y añadió en un alemán chapurreado—. Habla un ruso perfecto.

—¿A qué unidad pertenece?

—A la patrulla Wahrenfels, de exploración, afecta al segundo batallón del tercer Regimiento —contestó Rudi.

—La patrulla se encuentra ahora de descanso, ¿verdad?

—Sí, mi coronel. Aunque parece ser que partirán hoy mismo hacia otro lugar más cercano al frente.

—En efecto. Las unidades se movilizan para una operación de gran envergadura... Bien. A primera hora de la tarde será cursada la orden de traslado. No obstante, si usted cambiara de idea, adopte la decisión que juzgue más oportuna... Le digo eso porque por regla general, los granaderos son poco amigos de tareas burocráticas, y pudiera ser que usted se hubiera comportado algo precipitado. Si en el momento de partir sus compañeros prefiere ir con ellos, hágalo.

Le esperaré hasta mañana al mediodía. En caso de no comparecer, proseguiremos los exámenes —y el coronel dejó escapar un suspiro de resignación.

—Vendré, mi coronel —aseguró Rudi—. Mi decisión está bien meditada.

—Bueno, muchacho. Hasta la vista pues.

Rudi se cuadró rígidamente y salió a la calle. Una mezcla de alegría y de tristeza embargaba su ser. Por un lado, la perspectiva de permanecer al lado de Katia; por otro, el terrible momento en que se despediría de sus amigos y del oficial, con los que hasta entonces había compartido las durezas y las penalidades de una dura campaña.

A la hora de la comida los granaderos se reunieron en el cuartel. Debían permanecer alerta para el momento en que llegara el camión encargado de transportarlos. Los equipos se apilaron en hileras como era ya costumbre, y el teniente pasó una breve revista. El «feldwebel» ordenó a los granaderos no moverse de los alrededores. Un enlace motorizado llegó hacia media tarde preguntando por el granadero Rudi Mainz. Traía la orden de traslado del Cuartel General. Rudi la leyó y apretóla luego con el puño. Una tempestad rugía en su alma. Paseó por los alrededores de la casa sumido en estado de tremenda tensión. Todo dependía de una simple palabra. El teniente y sus dos amigos sabían ya cuál era su decisión. Quizá fuera mejor desaparecer sin despedirse. Ya justificaría después su actitud con una breve carta. Los demás granaderos no sabían nada.

Vio cómo todo el mundo se afanaba en la limpieza de su arma. Él no tendría ya que hacerlo más. Su «metralleta» sería entregada al depósito. ¿Para qué quería él un arma tan mortífera en aquella ciudad por la que sólo circulaban paisanos y soldados de permiso? Pensó en Katia, pero la figura de la joven aparecía ahora borrosa en su cerebro, como si perteneciera al pasado.

Imaginó su vida en la oficina, sentado ante una mesa repleta de papeles cuyo contenido debería descifrar. De vez en cuando quizá le hicieran interrogar a algunos prisioneros. Su existencia se deslizaría en medio de una placidez maravillosa. La rutina diaria, acabarían por atrofiarle los sentidos y éstos estarían sólo dispuestos a vibrar ante la vista y el contacto de su adorada Katia. Una existencia de

ciudadano, que nada o casi nada tendría ya que ver con la guerra.

Entre tanto sus compañeros proseguirían las duras incursiones por terreno enemigo. Colocarían cargas explosivas en los lugares dispuestos por el Mando. Se abatirían como leones sobre los centinelas. Volarían fortines y sorprenderían puestos de Mando. Su olfato percibiría continuamente el olor de la pólvora. Se agacharían ante el fulgor de los cohetes y escucharían el rumor de los proyectiles de la artillería al deslizarse sobre sus cabezas para ir a estallar un poco más allá entre deslumbradoras llamaradas.

Si los dejaba partir, podría dirigirse con paso tranquilo a las oficinas del Cuartel General, presentarse al coronel y anunciarle que aceptaba la plaza. El alto jefe le diría la hora a que a la mañana siguiente empezaría su trabajo. Luego se iría a dar una vuelta, se sentaría en algún café y pidiendo cerveza, esperaría con toda calma la hora de entrevistarse con Katia. Aquella noche podría celebrar el acontecimiento cenando juntos y luego incluso podrían asistir a una sesión de cine en el «Soldatenheim»^[26].

Consultó su reloj. Eran las seis y media. El crepúsculo estaba ya muy próximo. A aquella hora, el trabajo en el café de Katia aumentaba. La imaginó rodeada de soldados, escuchando sus palabras cariñosas, sonriéndoles porque así era preciso hacerlo, aceptando quizá sus amabilidades.

Con repentina sacudida sacó la orden del bolsillo. Volvió a leerla. Dirigió una mirada hacia el cuartel. Algunos granaderos permanecían ante la puerta. No podía irse sin haberse despedido por lo menos del teniente. Se acercó. El oficial iba y venía dando algunas órdenes¹. Rudi acercóse a él.

—Mi teniente —dijo—. Tengo ya orden de traslado en el bolsillo. Mi decisión está adoptada. Me quedaré en el Cuartel General. Después de todo, mi tarea en el mismo puede ser tan útil como en la primera línea.

—Tú sabes bien que no, Rudi. En la primera línea eras imprescindible. Aquí, existen más medios. Más tarde o más temprano el coronel encontrará a un soldado que sepa el idioma del país con la perfección que él exige. En cambio, la patrulla se verá privada de un elemento valiosísimo... y no sólo por hablar el ruso, sino por otras muchas causas. En fin, ya te dije ayer que no pensaba influir en tu ánimo. No obstante, quiero decirte que si alguna vez te

arrepientes, estaremos dispuestos a recibirte como si nada hubiera ocurrido. Como si regresaras del hospital de haberte curado una herida.

—Despídame de Bert y de Alf. No tendría valor para hacerlo yo mismo. Han sido para mí los mejores camaradas del mundo... No sé qué pensarán, pero es preciso que nos separemos.

—Así lo haré, Rudi. Y puedes estar seguro de que tanto ellos como yo, nos hacemos cargo de tu situación.

El teniente le alargó la mano. Rudi la estrechó fuertemente.

—Adiós, mi teniente —dijo saludando.

—Yo en tu lugar diría... Hasta la vista.

El oficial dio media vuelta y se alejó hacia el interior del edificio. Rudi emprendió su marcha hacia las oficinas del Cuartel General. Atrás iba dejando toda una vida de la que en otras condiciones, por nada del mundo se hubiera separado.

Avanzó por las callejas casi a oscuras. A poco, salió a una de las avenidas principales. A su extremo opuesto se encontraba el edificio en el que a partir de entonces habitaría. Caminaba por la acera sumido en profunda tristeza. De improvisto oyó a sus espaldas el ruido de un motor. Un camión militar se acercaba a velocidad media, sorteando los carricoches de la población nativa. A través del parabrisas, Rudi distinguió el rostro familiar del teniente Wahrenfels.

Una súbita sacudida estremeció su cuerpo, contempló el papel que llevaba arrugado en la mano; quedóse rígido. De repente alzó un brazo. El camión aminoró la marcha.

—¡Esperadme! —gritó.

El teniente sonreía. Frenó el vehículo. Rudi echó a correr como un poseído. Dio un salto y subió a la trasera.

—¿Dónde estabas? —le dijo un granadero—. Creíamos que te habías perdido.

—Estuve a punto —repuso Rudi mientras el camión se ponía otra vez en marcha—. Pero he vuelto a encontrar el camino.

El camión se fue empequeñeciendo en la distancia, envuelto en una nube de polvo, camino del frente, del peligro... y de la gloria.



GENERAL ROMMEL,

jefe de la "División Fantasma", en Dunquerque

Las fuerzas alemanas avanzaban, con incontenible avance, hacia el mar, los aliados se defendían desesperadamente; intentando replegarse por la playa de Dunquerque. Sin embargo, una división acorazada logró infiltrarse, lanzándose sobre las tropas enemigas. Por sus súbitos ataques la apodaban

"DIVISION FANTASMA"

Distribuidores: GERPLA - Unión, 21 - Barcelona

Notas

[1] Importante centro industrial situado a unos veinte kilómetros de San Petersburgo, sobre la carretera que une a esta población con Novgored. < <

[2] Grado del ejército alemán, equivalente a brigada. < <

[3] Llamadas así por ir desprovistas de palo y adoptar la forma y el tamaño de un huevo. A pesar de su pequeñez eran de una potencia extraordinaria y solían utilizarse en los golpes de mano por el poco espacio que ocupaban. < <

[4] Casas típicamente rusas, construidas con troncos de árbol, y que suelen constar de una sola habitación en la que habita toda la familia. < <

[5] ¿Me quieres, guapa? < <

[6] ¡Quieto! < <

[7] En las cercanías del frente, los vehículos utilizaban unos faros especiales dirigidos hacia el suelo, al que iluminaban un breve trecho, delante de las ruedas. < <

[8] Los distintos colores tenían significados diferentes. El verde indicaba: «Precisamos descarga artillera sobre las posiciones adversarias. El rojo, sobre el lugar en que brillaba». < <

[9] «Batería antiaérea». < <

[10] Eran plegables por el mango, y servían tanto como arma ofensiva, como para abrir pequeñas trincheras de protección en los avances. < <

[11] «Por ahora es imposible». < <

[12] «Veremos». < <

[13] «¿Qué hora es?». < <

[14] «Las siete». < <

[15] «Perfectamente». < <

[16] De bombardeo en picado, llamados comúnmente «Stukas», abreviatura de «Stukampffleugen». < <

[17] Ración a base de galletas con vitaminas concentradas y Pan especial, envuelto en un papel impermeable que permite conservarlo durante largo período de tiempo, carne en conserva, que estaba prohibido rigurosamente tocar a menos que existiera una poderosa razón. < <

[18] Pan especial, envuelto en un papel impermeable que permite conservarlo durante largo período de tiempo. < <

[19] Los oficiales alemanes sólo llevaban sus_ insignias sobre unas hombreras plateadas. Las mangas del uniforme carecían de ellas.

< <

[20] «Parece que va a llover». < <

[21] «Pues coge un paraguas. Buenas noches». < <

[22] «¡Alto!». < <

[23] «Buenas noches, camarada». < <

[24] «Este Oeste». < <

[25] «Muy bien. Muy bien». < <

[26] «Hogar del Soldado». < <